

LIBRO DEL MES

Fernando Silva

de tierra y agua



CUENTOS

30 NOTAS AL MARGEN DE LOS CUENTOS DE SILVA

1

La belleza de los cuentos de Silva no está en que nos la muestren, aunque también lo hacen, en un lugar o en una situación. Es el cuento en sí mismo lo que es una belleza.

2

La diferencia que hay entre un cuento de Silva y un cuento de otro es la misma que existe entre un poema de Silva y un poema de otro.

3

Hay cuentos de Silva que se leen en cinco minutos y no se olvidan nunca.

4

No cabe duda, un cuento de Silva es bueno porque es de Silva. Sé de muy pocos de quienes esto pueda decirse. El que conoce a Silva sabe que es cierto y cualquier otro puede creerlo, menos él mismo. Felizmente es humilde, pues si llegara a creer que un cuento suyo es bueno porque es suyo, no volvería a hacer un solo cuento realmente bueno, ni realmente suyo. Únicamente escribe buenos cuentos porque se olvida de sí mismo para acordarse sólo del cuento.

5

Lo que a Silva le interesa es el hombre. Aun el ambiente y el paisaje —cuyo sentido es en él tan vivo— los ve y trasmite a través del hombre.

6

Todo cuento de Silva procede o se deriva directamente, o mejor dicho, honestamente, de la realidad.

No, por supuesto, de la realidad tal como existe fuera de Silva, y que podría ser transmitida de mil maneras por él mismo o por otro, sino de la realidad tal como él la hace ver o la crea, es decir, la hace ser, en el cuento.

7

Un niño de El Castillo, hijo del Comandante, es el que dicta casi todos sus cuentos al poeta Fernando Silva, doctor en medicina. Los cuentos brotan por eso casi espontáneamente —sin más control que el del artista— de la infancia de Silva en el río San Juan, maravillosa y maravillada, como es siempre la infancia, pero a la vez tan real y natural y llena de frescura como la de Huckleberry Finn en el Mississippi.

8

Como el Mississippi en Huckleberry Finn de Mark Twain, en la mayoría de los cuentos de Silva, el personaje principal es el río San Juan. Entre el río y el Comandante, el otro personaje principal, existe una relación difícil de definir, pero real y profunda.

9

Un cuento de Silva parece sólo ligereza y gracia, pero se siente por debajo la solidez de la realidad, como bajo la espuma del raudal de El Castillo se toca la piedra.

10

Solamente en los cuentos de Silva he visto yo hasta ahora la gracia nicaragüense.

11

Es necesario ver a Silva remedando a ciertos

personajes de su repertorio, para saber que un cuento suyo es Silva remedando a la naturaleza

12

Silva remeda sin malicia, con humor y ternura

13

Un cuento de Silva no se relata, sucede

14

Todos los cuentos de Silva parecen contados, mejor dicho, cantados por pájaros. No por un pájaro solo, sino por muchos pájaros diferentes. Son los tonos y acentos indígenas de su idioma nicaragüense

15

Siempre he tenido la sospecha de que los indios americanos formaron sus lenguas imitando a los pájaros. Yo conocí a una india que hablaba exactamente como un alcaraván

16

El indio de Barro en la Sangre y el niño de los cuentos, posiblemente simbolicen, para Silva, el gran misterio de la infancia

17

El Comandante es el hombre visto por el niño

18

El que pierde su infancia nunca madura

19

La infancia es para Silva su verdadera vocación, no es accidente que sea pediatra

20

Leo esta frase en un artículo de Mireille Latil — Le Dantec sobre Villiers de L'Isle Adam: langage des oiseaux (símbolo de la lengua de los dioses y de los ángeles, la de poeta). La lengua de los pájaros es la lengua de los poetas. También la lengua de los niños

Para Silva, está claro, la lengua de los pájaros en que escribe sus cuentos, es el lenguaje de su infancia, más bien el de la infancia nicaragüense, que está en los indios de Barro en la Sangre

21

La infancia es todo menos pueril

22

Silva escribe como ninguno la lengua nicaragüense porque, como hace el pueblo, la inventa él mismo

23

El lenguaje de Silva, con todo y ser enteramente nicaragüense, no trata de llamar la atención sobre sí

mismo, no está diciendo "Fíjense bien, cómo digo esto!"

24

El lenguaje nicaragüense de Silva no es retórica, sino lengua

Es lengua viva y natural

25

Cuando Silva estudiaba en San Salvador debió de leer a Salarrué. Le bastó con un grano de sal en la punta de la lengua. Cuando estudiaba en León, tal vez haya leído los cuentos regionales que, sin darles mayor importancia, escribía Mariano Fiallos. Es posible que haya pensado entonces cómo deben hacerse esa clase de cuentos. Pero los suyos son vividos y por lo tanto distintos a todo

26

Casi todos los cuentos de Silva son tres veces vividos: cuando sucedieron, cuando se escribieron y cuando se leen

27

Con los materiales de lo que se llama literatura regional casi todos han fracasado por falta de medida. Generalmente se han excedido. Silva, con eso mismo, hace obra de arte, no solamente porque es auténtico, sino también porque sabe hasta dónde llegar y casi nunca se sobrepasa

28

La técnica de Silva es tan funcional, tan solamente para lo que tiene que hacer, que en cuanto lo hace, desaparece. No queda nada de ella

29

Por lo menos media docena de cuentos de Silva me gustan tanto o más que los primeros cuentos de caza y pesca de Hemmingway, los que tenían por escenario los bosques y lagos de Michigan. Aunque absolutamente diferentes en todo lo demás, se me parecen en su gran desnudez y en su fidelidad a una experiencia maravillosa y a la vez totalmente ordinaria —o más bien a la inversa, una experiencia totalmente ordinaria y sin embargo maravillosa

30

Cuando a Silva le dicen —como le han dicho— si se cree un escritor como Shakespeare o el Dante o Cervantes y él contesta que sí, que es efectivamente un escritor como esos, no solamente lo dice riéndose sino que, desde luego, lo cree riéndose. Y no son pocos, ni insignificantes los aspectos en que tiene razón

JOSE CORONEL URTECHO
Las Brisas, 1966

EL VIEJO

-VIEJO chanchó!

—¡Ay, chiquita linda!

—¡Viejo chanchó! ¡Viejo chanchó!

— Y qué fue, Margaritá? —le preguntó la Herminia Páiz que venía con una canasta

—Que este viejo bandido me tocó

—¡Eeeéh! —dijo la Herminia volviendo a ver al viejo— ¡Ve que sin vergüenzada!

El viejo se quedó como si no era con él

Un chayul se le vino a chillar al oído y el viejo se metió un manotón en la oreja

—Velo —dijo la Herminia— no puede ni arrear-se las moscas y anda de virriondo

El viejo entonces le dio la espalda, se subió el pantalón levantándose de la orilla de la faja y caminando se vino por la otra acera

—Dunda que sos vos —le dijo la Herminia a la otra— aunque hubiera sido una piedra le hubieras volado

—Me ha visto chiche —dijo la muchacha— y ayei también, no quiso agarrarme el brazo?

— Pero decíselo a tu mama

¡Dan!, ¡Dan!, ¡Dan!, —daban las doce en el campanario

—Cada vez que paso por aquí, aí está ispiándome

—Pero vos tenés la culpa. Metele aunque sea una pescozada y vas a ver —le aconsejó la Herminia Páiz

En la tarde el viejo estaba cabeceándose adentro cuando oyó golpes en la puerta y se levantó a abrir. Cuando estaba cerca se asomó antes en una rendija y vio que era Chocoyo el hermano de la Margarita. El viejo pensó si le abría, y cogiendo coraje, medio abrió una hoja de puerta

—Qué quería? —le preguntó

—Vella —le dijo Chocoyo, cogiendo la puerta— vengo alvertirle que si vuelve a andar haciéndole sombra a la Margarita le voy a —El viejo no lo dejó terminar y juá, le voló la puerta encima

—¡Viejo desgraciado! —le gritó Chocoyo— Viejo cochón, salí! —Fúuuu!, sintió el viejo que le subió la sangre, pero se reprimió un poco y mejor se apartó de la puerta y se vino para adentro

Toda la tarde la pasó el viejo enchonado en la casa, porque no quería salir y encontrarse con Chocoyo y lo fuera a comprometer, pero como a las seis oyó el pito de la bodega y asomándose a la ventana divisó la lancha de los Sandino que venía arrimando de la barra y pensó ir a conseguir trabajo en el desembarque de los bultos

Cuando el viejo salió estaba cayendo una garubita y se subió el cuello de la camisa para no mojarse la nuca

El viejo se pasó después del muelle a la lancha y platicó con el Contramaitre para que lo apuntara. El viejo y otros estaban allí y aunque ya estaban completos, el Contramaitre que era su amigo lo aceptó para pasar la carga a la Aduana

Toda la noche estuvieron bajando bultos. El puerto dormía y sólo se oían los hombres pasar con los sacos

Los luceritos madrugaban encima de los techos de zinc. Se oía también el lago debajo de los muelles y la claridad estaba ya abriéndose por el otro lado de la montaña. El viejo puso el último saco y bien rendido se vino a sentar a la orilla del muelle con las canillas guindadas. Allí se estuvo esperando un rato para refrescarse y después se apeó y se vino a la orilla para ir a bañarse

Entre unos palos de Soroncontil se metió el viejo a desnudarse. Se soltó los zapatos y puso los pies sobre la tierra húmeda encogiendo sus dedos entumidos, después se jaló la camisa sin desabotantarla sacándosela por arriba, se quitó el pantalón, puso la ropa junto con los zapatos y capeándose de las espinas se vino acercando a la orilla, cuando en eso oyó bulla y se agachó tapándose entre el monte. Allí nomasito entre las piedras de un lavandero estaba la Margarita. Al viejo le palpitó más el corazón

La Margarita se estaba bañando. Tenía un atado de ropa sobre el lavandero y antes de ponerse a lavar se quedó en combinación y se sentó en el agua mojándose el pelo con las manos. Al rato se paró y el agua se le escurrió por el cuerpo chorreando y le quedó bien pegada la combinación. El viejo tembló a verle bien el cuerpo y se sentó en el suelo para que no lo viera, pero la tuerce que fuera el viejo a caer en un hormiguero bravo que lo atizó allí nomás y tuvo que dar un brinco, —¡Ay!— gritó el viejo

Ligera la muchacha como una garza que sentada en los gamalotes se espanta cuando pasa un bote a la orilla, la Margarita salió en carrera asustada

El viejo llegó a su casa atolondrado, trancó la puerta, salió por detrás y se fue a esconder a las lanchas

Al rato estaban en la casa del viejo, Chocoyo, la mama de la Margarita y otros hombres

—¡Tan! ¡Tan! —golpearon

—¡Tan! ¡Tan! —volvieron a golpear

—No está —dijo la vieja

—Aí ha de estar —dijo el hombre

—¡Tan!, ¡Tan! —golpearon más duro

—Quebrems esa ventana —dijo el hombre y entre él y el muchacho se fueron a fuercear la ventana. Al primer empujón cedió la ventana y por allá fue a dar la aldabita

Nadie había en la casa

— Y qué se haría, hom ?

—¡Al saber! —dijo el hombre

—Yo voy a ir onde el Cabo —dijo la vieja

—No, mama —dijo Chocoyo— qué vas hacer, aí dejalo

—¡Cómo no!, ¡Cómo no! —dijo la vieja resuelta y salió arrieglándose el tapado

El Cabo llegó al rato al muelle y halló al viejo que estaba soltando el bote para irse

— Onde vas? —le preguntó
 El viejo lo volvió a ver
 El cabo malicioso se acercó y puso su bota sobre la mura del bote
 —Ves en la dificultad que te has metido —le dijo pausadamente
 —¡ Y yo que culpa tengo! —dijo el viejo
 El Cabo bajó el pie del bote
 —Vas para la Azucena?
 —Sí —le contestó el viejo
 —Entonces, ve, llévamele estos dos pesos a Julián, y decíle que no hay de esas píldoras

El viejo le alargó la mano y cogió los reales
 — Y tus cosas? —le preguntó el Cabo
 —Ai las voy a mandar a traer
 El viejo se empujó con el canaleta de la orilla, pero antes que despegara el Cabo se agachó riendo
 —Pero es verdad que usted la vido bien? —le dijo
 El viejo se rascó donde lo habían atizado las hormigas
 —Si no ve que estaba en combinación —le dijo
 El Cabo soltó la risa y el viejo se fue en el bote

EL BOTE

—Y ese es suyo?
 —Sí, también aquella otra —me dijo señalando a la muchachita
 —Vení, vos, dé los buenos días, malcriada
 La muchachita era toda dundita, se parecía a una palomita de barro
 —Aquellos otros son también míos —nos dijo la vieja señalándonos a otros negritos que estaban jalando agua
 Con nosotros andaba el Sultán, el perro de la finca. A la vieja le gustó el animal, le pasó la mano por el lomo y me dijo
 —Y éste que corre?
 —Pues todo —le contesté
 —Es bueno —me dijo y le sobó la cabeza
 —Y aquí vive sola? —le pregunté yo
 —Unas veces —me dijo
 El rancho de Los Robles mejor parecía una jaula. Había adentro un cocinero, un jicarero con unos tarros y un guacal en un banco tapado con un trapo sobre el que estaban pegados un montón de chayules
 Nosotros nos habíamos venido por el camino para entrar al río por la loma de Los Robles porque el llano estaba lleno
 —Señorá —le dije yo a la vieja— me puede facilitar un bote? Le voy a pagar el alquiler
 —Si no hay bote —me contestó
 —Y ése no es de aquí? —le dije señalándole uno que estaba amarrado en la orilla
 —Ese bote no

—Y por qué?
 No me contestó la vieja, a mí me pareció raro
 —Vea —le volví a decir— y por qué no me lo alquila?
 —No —me dijo— no se puede, ese bote no se arquila
 Entonces ya no le dije ni media palabra de bote. Pero al rato y sin volver a verme, como si no fuera conmigo. Cogiendo de un lado para otro, apartando un taburete, arreando una gallina, pepenando un palo, me fue diciendo
 —"Ese era el bote del dijunto Pedro. Yo vine aquí de la Azucena, hace años, de aquí era él. El hizo este rancho y yo le tuve estos hijos. Pero él se me enfermó del brazo, se me fue poniendo mayate, mayate, no hubo remedio que le llegara, arrojó la bilis, después solo los huesos era, hasta que quedó en ánima. Este bote era dél"
 La vieja se levantó a arrear un chancho que se estaba rascando en la pata del cocinero, después volvió y siguió
 —"Y no le gustaba que se lo tocara nadie"
 —Panchó! —le gritó al muchacho— ¡Ve a ver si no anda la yegua en los siembras!
 —"El dijo que ese bote era dél" —me volvió a repetir la vieja
 —Julián! —le gritó al otro muchacho, que andaba con un mecatito— Andá traeme unos palos pal fuego
 Luego la vieja se levantó de donde estaba
 —Ni yo lo ocupo —me dijo y se volvió a sentar

LOS CHINGOS

ME parece que eran ocho días los que llevábamos de lluvia y esa mañana apenas había salido el sol un ratito por el lado de la montaña
 Ocho días de lluvia y el río llenaba y llenaba
 —¡Qué vendavalito, Maitro Chón! —le grité desde la ventana de mi casa al viejo de enfrente que estaba allí afuera
 —Pero ya tronó, ahora en la madrugada. De

aquí, de este lado del Sur —me contestó levantando sus brazos
 —¡Qué ya tronó! —le repetí
 —Sí, del sur. Eso es seña que ya va de viaje el temporal —me gritó
 Desde mi casa estaba viendo pasar el río turbio, rojizo, sucio. Se oían las correntadas que bajaban de la montaña. La neblina espesa arropaba los árboles que apenas se veían como unos borrones

Soplaba un viento sur frío, y se sentía el olor de la humedad

Unos golpes dados ligeritos en la puerta de atrás me hicieron que me apeara de la ventana y ya corrí a abrir. Memi, el hijo de casa de donde las Gutiérrez, que era como de mi edad, estaba allí remojado y temblando de frío

—Vistes? ¡Se hogó el yanque! —me gritó apurado

—¿Se hogó?

—Te estoy diciendo ai iba el bote volado sin nadie y hasta que se pegó en el banco de donde la Jarquín. Así está ya de gente

Yo jalé la puerta, me quité la camisa para no remojarla, y ya me fui en una sola carrera con Memi, brincando por los charcos

Era verdad como me dijo Memi, ya había un montón de gente en la casa de donde la Jarquín. Tenían amarrado un mecate al tronco de un níspero que hay en el patio, allí a la orillita, y un marinero que iba agarrado a la zoga se iba metiendo contra la corriente que se le hacía un remolino en la cintura

El guardia Luis González daba órdenes. Con un garfio el marinero quería traerse el bote que estaba pegado. El hombre se metió un poquito más, ya el agua le llegaba hasta el pecho y él levantaba los brazos. Nadó un poquito entonces y ensartó el chunche en la cadena del bote, entonces se vino para afuera y de allí jalaron el bote entre todos

Era un bote nuevo, pesadote, que todavía se le veían los suelazos

Estaba casi lleno de agua y sólo había una palanca adentro

—¿Por onde sería? —le pregunté yo al guardia

—Por los Chingos —me contestó

Memi y yo nos volvimos a ver. Los Chingos son unos cacastes de piedra que quedan orillados frente a frente de la bocana del Santa Cruz, y como allí coge fuerza la corriente, se hace chiflonada. Más afuera es bien pesado el río, y por eso, cuando uno va de subida se pasa por allí palanqueando por el canal

Todavía seguía lloviendo, no era tan fuerte, pero de la montaña se cernía una silampa y estaba todo encapotado el cielo

Todo mundo estaba alboratado con la noticia del hogado. Memi y yo nos habíamos trepado a un galerón viejo que servía de bodega en la propia cabeza del raudal

Debajo de nuestras canillas que teníamos guindadas, subidos donde estábamos en una solera, pasaba el río sucio, lento y espeso

Desde allí divisábamos las negras cabezas de la gente que se iba a agachar para ver el bote que había aparecido aquella mañana río abajo

—¿Onde tenés tu bote? —me preguntó Memi

—Por la Comandancia —le contesté

—¿Vos tenés palanca?

—Sí

—Entonces yo voy ir a traer el canalete

—¿Y para dónde es que vamos? —le pregunté

—Pues a los Chingos, a buscar al hogado

El guardia González venía chapaliando agua en media calle con la palanca del bote aparecido y un poco de muchachos venían a la orilla siguiéndolo

Seguía siempre lloviendo. El paisaje parecía un espejito empañado

Alguna que otra garza sentada en un tronco y sólo se oía el ¡juáaaaa! de las correntadas bajando

Como el río se pone bien fuerte con la llena, nosotros nos fuimos orillados. Memi llevaba el gobierno y yo me jalaba abierto con fuerza para no pegarnos

—¡Ai ta un tronco! —le grité a Memi. Ya no era tiempo, nos encaramamos de viaje que casi nos damos vuelta

Estuvimos así hasta que nos zafamos para atrás

A cada rato nos encontrábamos con troncos que teníamos que ladearnos mucho volándonos con fuerza

Nosotros conocíamos bien todos esos lados, pero con la llena se vienen los troncos que se arrancan en los paredones, en los encharcados o bien otros que se desgajan porque la lluvia les va aflojando las raíces

Seguíamos subiendo. A cada ratito cogía el guacal para achicar, porque el bote tenía carcomida la punta y le entraba el chorro cada vez que dábamos el envión

—Va venir más agua, éhéee —me señaló Memi, para arriba que estaba subiendo un nubarrón

—Mejor nos metemos en esos guabos —le dije

—Volate pues, duro —me dijo Memi, mientras refundía el canalete con fuerza

Así en un momentito nos metimos bajo las ramas gachas de un guabo y yo me agarré de una rama gruesa

En eso ya comenzó a caer la lluvia otra vez. Se oían sonar duro las gotas sobre las hojas. Así estuvimos esperando un rato hasta que arraló

Volvimos a salir y seguimos dándole. Ya estábamos llegando a la punta del tablazo grande. Memi se paró y cogió la palanca para irse empujando de los gamalotes. En cuanto no más dimos vuelta divisamos los Javillos copudos que quedan a la orilla de los Chingos.

Nos hicimos un poco afuera, pero volvimos a orillarnos porque la corriente estaba bien fuerte y el río hasta que se veía pajito

Ya estábamos llegando a los Chingos. Yo cogí otra vez el guacal, cuando me quedé fijo viendo un bulto que se movía sobre el agua. En eso se ladeó el bote en la empujada y le grité a Memi

—¡El yanque! ¡Ai ta el yanque! ¡Allá ehé! Yo estaba viendo al yanque agarrado a unas raíces con su cara roja

—¡Ay!, ¡Ay! —se quejaba el yanque

—Todavía está vivo! —me gritó Memi que le temblaban las canillas

—Sí, si está vivo —repetí yo

Entonces nos empujamos duro. Memi se encochó sobre la palanca empujando con toda su alma. Entonces yo le pasé al yanque la oreja del canalete y él se agarró duro. Vine yo y lo quise aguantar, pero se me resbaló el pie de como estaba de nervioso y me vine al agua de cabeza

Hice un esfuerzo dejando a la corriente que me cogiera de lado y rass me empujé hasta dar con el yanque que ya se iba hundiendo, le caí encima y lo pesqué de la camisa sacándole un poco la cabeza al aire, entonces el yanque se me agarró como loco

—¡Memi!, ¡Memi! —le grité yo

Memi estaba gritando también a unos huleros que venían cerca por allí en sus botes

Memi estaba cogido de una rama y me estaba echando el bote para donde estaba. Yo tenía el pie metido en un gancho que me estaba matando y apenas me sostenía el cuerpo un tronco viejo

Memi me lanzó un poquito el bote, entonces me agarré de la mura, pero como era tan celoso el bote y le hicimos mucho peso, se fue llenando el condenado y Memi se tiró al agua. Lo ví todavía cómo lo arrastraba la corriente. El yanque pesaba una bar-

baridad, ya estaba yo todo entumido, entonces me desesperé, me entró el calambre, se me oscureció la vista y ya no supe

Hasta que llegaron los huleros que había llamado a gritos Memi y que me sacaron afuera con el yanque que estaba como muerto. Yo solo estaba aturdido con un dolor bárbaro en el pie, pero el yanque estaba malo. Allí estuvieron los huleros haciéndole un poco de cosas hasta que revesó

Geraid Arihos, se llamaba el yanque, era uno de esos canaletos y mucho bebía

Después de la desgracia que le pasó, la gente del Puerto lo convencieron y entonces él se bautizó

El yanque no hallaba que hacer con nosotros

Eso fue como viernes, el lunes muy de mañana se fue para los Chiles y allí cogió un avión

LA PERRA

SALIMOS en la madrugada de la casa de la Victorina, encaramada en un cucurucho de tierra, enfrente del San Juan abierto y a la orilla del Pocosol

El caño de Pocosol, hondo y oscuro. Se mete y se mete en la montaña. Hay lugares secos donde se ve el plan lleno de piedras y hojas muertas, y otros lugares son bien profundos, de azul cerrado donde se bañan los sábalos reluciendo la plata de sus escamas

Nosotros íbamos para las pozas de adentro. Era el tiempo de los laguneros y la luna estaba para eso

Despegamos oscuro todavía. Iban con nosotros nuestros inseparables perros. El Clavito y la Chula, que eran como marido y mujer. Eran unos perros que se querían mucho

La perra era de raza cualquiera, pero tenía muy buen corazón, era de color café con una mancha grande en la frente

El Clavito era ateperetado y nervioso, pero tenía buena cabeza. Olía a los chanchos de largo y no latía por tonterías, les habíamos enseñado a ladrar solo cuando fueran detrás del animal, lo que hacían era llover impacientes, pero bastaba un pujido de nosotros para que se quedaran quietos dándole a la cola nerviosamente

Yo les tenía mucho cariño a mis perros. Los perros también se encariñan con uno, entienden muy bien ciertas señas, gestos o gritos, tienen mejor olfato que nosotros y tal vez no hablan porque perderían el filo de sus dientes

Bueno, estaba diciendo que salimos de madrugada. Mis otros compañeros además de los perros, eran Ruperto y Chepe Méndez. Ellos me conocían a mí desde chiquito, yo les había enseñado a ellos las letras y los números y ellos me habían enseñado a mí las canales del raudal del Toro y el pegadero de Los Chingos, y a manejar la palanca en las chiflonadas

Era temprano todavía. El cielo lleno de estrellas como si lo hubieran pringado con oro. El lucero her-

moso de la mañana encima de los cedros oscuros, se abría como una flor de luz

Íbamos sobre el río metidos adentro de las sombras. Sólo se oían el ruido del canaleta y el golpe del agua. Llegamos a las primeras pozas todavía temprano. Apeamos nuestras cosas, después cortamos unas varas e hicimos nuestro ranchito con tapescos y cubiertos de palma de Yoliyo verde y brillante, cerquita del río, que nos daba el agua en las narices. Entonces nos recostamos a dormir un rato

El viaje es un poco largo. Como a las once salimos de nuevo armados y listos a la pesca. Cada uno iba por su lado, Chepe cogió la orilla con el arpón, yo llevaba un chuzo e iba en el bote y Ruperto se quedó haciendo la comida. Cuando regresamos era ya de tardcecita

Cogimos como cuarenta animales. Es divertidísimo. Los laguneros salen casi a flor de agua. Otras veces van refundidos y como son tan oscuros de color y el agua es tan clara en las pozas, es fácil verlos. Cuando va uno en bote hay que tener cuidado de que la sombra del cuerpo de uno no les caiga encima a ellos, porque entonces se las mandan a jalar. Cuando se ve salir unas popas de agua es casi seguro que allí nomas sale el animal y caza ¡chact! ¡chhiriíe! Entonces se tira el chuzo sin ponerle mucha fuerza para no refundir los otros. Algunas veces viene uno solo y se ve llegar el machito de agua

Otras veces andan en pandillas y unos se van hasta allá al fondo, que vistos de arriba pareciera que están dormidos

Son de todo color, principalmente las mogas, otros son como pringaditos con los ojitos rojos

En cuanto volvimos al rancho nos dimos una gran comida

Hay que ver un buen lomo de lagunero como de tres dedos de grueso, bien asado, con unos bananos cocidos chachaltes y un poco de café negro caliente

Estuvimos temprano tocando guitarra y cantando. Se le sentía todo el peso a la sombra de la noche

La luna estaba pequeñita, apenas se veía entre el montón de nubes

Al rato nos acostamos y nos dormimos. Yo no me acuerdo muy bien que fue lo que pasó enseguida, de repente me desperté. Dormido había oído al peso de la noche unas voces, unos gritos, un gemido feo —yo qué sé que cosas eran

Salí del rancho. Afuera estaba bien oscuro. Abrí mis ojos hasta donde pude en semejante oscuridad, y por fin me vine dando cuenta, aunque al principio nada de lo que veía lo entendía

Cuando nos serenamos todos, Ruperto me contó todo lo que había pasado y que era para mí como una pesadilla

Lo que sucedió fue que yo me había acostado sin apagar el candil. Al rato me dormí y como la luz le estorbaba en los ojos, Ruperto se levantó a apagarla. En cuanto se puso de pie oyó un —¡charrás!, ¡charrás! Como de algunas pisadas, se fijó en los perros y notó que estaban todos herizados desde las orejas hasta el rabo

—Chepé!, Chepé! —dijo llamando al hermano que estaba dormido— huele a tigre, hombre

Los indios cogieron sus arpones y se hicieron a un ladito. Ya Ruperto le había visto los bigotes al gato, les pujó a los perros y los perros se quedaron tensos como dos arcos. El animal dio media vuelta a la orilla de la casa, husmeó, husmeó y husmeó, pero en eso vio a la perra y le peló los dientes y se fue echando, echándose como para irsele encima. Esa fue la vaina, el perro se dio cuenta de eso —y no pudo más— salió chiflado encima del tigre. Claro que no se le fue de viaje al frente, reculó y le latió con furia. El tigre le lanzó un manotón, pero no lo consiguió porque el perro brincó para atrás. En eso Ruperto se le fue encima con el arpón, pero el tigre le arrebató la vara de un manotón. La perra le ladró de

un lado y como son tan ligeros esos animales y la perra se había comprometido mucho, el tigre la alcanzó con la uña abriéndole la barriga. Chepe tiró el arpón al aire con toda su alma y se lo refundió en los sesos al tigre que ni pujó, dio un solo volantín y quedó muerto como a dos varas de la perrita que boqueaba en un charco de sangre

Eran como las dos de la madrugada. Ya no nos dio ganas de dormir. Estábamos todos sonsos. Yo había recibido una impresión muy fea con todo aquello aunque para Ruperto y Chepe Méndez eso del tigre no significaba nada, lo que les pesaba en el corazón era la muerte de la perra

Murió el ratito.

Nos dolió mucho. El perro estaba tristísimo. Lloraba y lloraba

Resolvimos echar la perra al agua y eso fue peor, el perro pasó la noche a la orilla haciendo locuras, latiendo, aullando, metiendo las patas en el agua, olfateando, olfateando y olfateando por todos lados

Entonces nos venimos antes de que amaneciera. Volvíamos bajo las mismas sombras. Ahora ese ruido del canaleta sonaba como una danza triste

Íbamos a medio río y el pensamiento de la profundidad del agua en lo oscuro nos llevaba azorados

Llegamos al Puerto en la mañana. Como no era nada bonito contar que a la perra la había matado el tigre tontamente, porque la gente de allí es muy fregada, entonces llegamos hablando mal de la perra —y cuánto nos dolía aquello

Yo oí a Ruperto diciendo

—Si no servía la animala, si era pura murriña y así la dejamos perdida

Pero lo decía con dolor. Eran mentiras. Le dolía, aunque dijera lo que dijera, yo sabía que ese indio quería a su perra como a una mano suya, como a un ojo, como a su alma

EL LAGARTO

—¡Eih, Chicó Chicóoo!

El viento soplaba fuerte sobre el cañal

—¡Eih, Chicó Chicóoo!

El muchacho volvió a gritar con toditas sus fuerzas

El hombre hacía ya rato que se había zambullido en el agua y buceaba entre las piedras, cangrejos de esos coloradotes

El muchacho gritaba porque había divisado un lagarto que venía boyando como una tabla.

Chico, el hombre que estaba en el agua no oía los gritos, y el muchacho afligido se rajaba llamándolo

—¡Eih, Chicó Chicóoo!

En eso, Dios que es tan grande, el hombre salió a coger aire

—¡El lagarto! ¡El lagarto! —le gritó el muchacho

El hombre volvió la cabeza y vio así nomasito al

animalote que hasta que tenía lamosa la corroncha el bruto

De un brinco el hombre agarró una piedra y desde allí cogió la orilla

El lagarto sonó las tapas en el aire y se zambulló haciendo un gran remolino de agua

—Qué desgraciado! —gritó Chico— casi me harta el hijuepuerca

—Yo desde qué años que te estaba grita, que grita —le dijo el muchacho

—Qué desgraciado! —dijo Chico—ahora ya no sigo, me dejó incómodo, mejor nos vamos. No vaya ser que vuelva el carajo

Recogieron todo lo que andaban, hicieron una sarta con los cangrejos que agarraron y se vinieron en el bote para la casa

Ya era de noche, el río había llenado su poquito porque la corriente estaba fuerte. Cuando llegaron a la casa estaba oscuro. Un perro latió de largo

—¡Juaná! —grito Chico

—¡Qué jué! —le contestó la mujer de adentro
La puerta se abrió y apareció la mujercita con un candil

—¿Agarrastes algo? —le preguntó cuando arrimó

—Esto —le dijo Chico, enseñándole la sarta

— Y para eso tanto tiempo?

—Que acaso los tengo amarrados aí pues —le dijo Chico mientras se apeaba del bote

—Andaba roncero el largarto —dijo el muchacho

—¡Mentiras! —exclamó la mujer— solo pa cuentos sirven Si este hombre solo para inútil es bueno, habilidad debiera de tener para agarrar pues el lagarto, que hasta pagan bien el cuero

—¡No! —dijo Chico

—No, qué? —se le encaró la Juana— si sos muy ceboso, ¿qué cres que yo te voy a dar de hartar toda la vida? Hasta aquí me tenés, yo no se por qué no cogés tu camino junto con este vago de tu hijo, que para nada sirve tampoco

El indio no le dijo ni una palabra Entró a la casa y sacó un palito del cocinero para encender el puro El muchacho se fue a un rincón a dormir y el indio se fue para la calle

La cantina del indio Lucas quedaba cerca de la casa de Chico, como a unas dos cuadras y se veía desde largo una lámpara que parpadeaba en la solera de la puerta Chico se metió a la cantina y no había entrado, cuando se encontró con el compadre Julián, un viejo que tenía fama de bochinero y no había sábado que no llegara donde Lucas —a alegrar la vida— decía el compadre Julián

—Y diay compadre Chico y cómo le va? —le dijo Julián saludándolo

—Pues bien, compadre

—Como que lo veo triste

—No, compadre

—No me diga amí que no y venga para acá Eih, Lucas! —le gritó al cantinero— servime dos de a treinta

—¿Me quiere acompañar? —le preguntó a Chico

Chico le meneó la cabeza y los hombres se armaron al mostrador

—Y cómo va la pesca, compadre —le preguntó Julián

—Está mala, compadre

Y qué será?

—Pues quién sabe

—Pues amí, compadre, aí trabajandito Y por qué no ha llegado a verme?

—Por aí llego de repente

—Lo espero, compadre, pero me avisa para alistar un chanco

—Bueno, compadre

—¡Eih, Lucás! —le dijo al cantinero —servime dos más, pero de los grandecitos

El cantinero vació una botella en los vasos y los hombres se los empinaron como si bebían agua

Había bastante gente en la cantidad de Lucas, era sábado y había llegado ese día la lancha al Puerto Por todos lados se veían las caras de los marineros y de los pasajeros Iba haber bailadera Una victrola

de valija chillaba, y entraban las mujeres, cada una con su jaño A Chico se le voltió el alma cuando vio entrar a la Juana agarrada del brazo con Luis Ponay, el Contiamaitro del Vaporcito

Ya se decían cosas feas de esa amistad y parecía que Chico se hacía el chocho

—¡Qué desgraciada! —se dijo Chico entre los dientes

—No se deje chamarrear compadre —le dijo Julián

Chico no le contestó, estaba que tragaba gordo La mujer pasó junto a él y ni lo alzó a ver

—¡Oye! —gritó Julián otra vez— servime dos medias más

Los hombres volvieron a beber sin decir ni media palabra

La gente ya estaba bailando y se le oía a la victrolina una voz de chicharra

En eso estaban cuando se les acercó Luis Ponay, el hombre que hacía ratito había entrado con la Juana, y picándoselas de gallo, le dijo al cantinero Lucas

—Vea, maitro, sírvales a mis compañeros que yo pago

A Chico se le heló la sangre, pero se quedó quieto

Chico era hombre, también sabía que Luis Ponay era hombre duro, y que además tenía su grano de mai encima, pero Chico tenía su plan ya lo había discurrido

Lucas había servido tres tragos

—Salud! compañeros —dijo Luis Ponay, dirigiéndose a ellos

—Que se lo trague su madre —le gritó el compadre Julián botando el guaro al suelo— yo no necesito que me den tragos, para eso tengo

—Oiga, viejo no se fie me oye? —le dijo Ponay a Julián— Mida lo que dice, que cuidado lo hago parar las patas

El compadre Julián se le fue encima, que hasta que echaba espuma, pero Chico se metió entre los dos para que no pelearan, desapartándolos

—Si es por usted que lo hago, compadre —gritó Julián— que no ve que este sirvergüenza le está quemando a usted los caites con la mujer?

—Ella es mi amiga —dijo Luis Ponay

El guardia se acercó en ese momento y cogiendo a Julián del brazo se lo llevó para afuera

Chico andaba sesereque de guaro Se fue a sentar a un taburete y se hizo el tronchado

La gente seguía bailando Chico desde donde estaba divisaba a la Juana que ya andaba mariadita con el otro hombre

Al rato los vio salir juntos y los fue siguiendo con la vista hasta perderlos en la oscurana

Todavía la gente bailando con la victrolita que que tocaba una musiquita entre los dientes

Al día siguiente Chico se hizo el tonto La Juana amaneció en la casa como si nada, Chico le tenía asco

Como al medio día, Luis Ponay y Chico se encontraron otra vez

Luis Ponay se hacía también el tonto y Chico se lo notó Luis Ponay lo saludó y Chico también lo saludó Entonces se pararon a platicar

Hablaron de esto y de lo otro, que aquí y que allá, hasta que Chico buscó con modito en la conversación, convidar a Luis Ponay para ir esa misma tarde a coger unos cangrejos al bajadero. Luis Ponay le dijo que bueno.

Luis Ponay no le tenía miedo, Luis Ponay era hombre duro.

Chico alistó el bote temprano y le dijo al muchacho que se trajera sus trapos porque ya no volvían. El muchacho no dijo nada.

Los dos hombres y el muchacho salieron como a las tres de la tarde. Ambos hombres llevaban una cara rara, parecían dos perros. El sol estaba todavía bien fuere y los hombres iban sudando.

Chico era distinto en el río, esa gente así es, como que se cambian en el agua, como si la espesa y verde montaña y el silencio enorme del río les pusiera el alma en otra parte.

Los hombres anduvieron bastante rato.

Ya de tardecita llegaron al bajadero. Se oía el golpe del agua en la orilla y las chicharras en las ramas.

Todo aquello le extrañaba mucho al muchacho. Chico se le acercó y le dijo que no dijera ni una palabra. El muchacho entendió y sintió miedo.

Los hombres se apearon del bote, lo amarraron en una rama, se desnudaron y fueron entrando al agua poco a poco.

Luis Ponay no tenía miedo, conocía el río como sus manos y se refundió con confianza.

Comenzaron a sacar cangrejos, ya tenían bastantes y entonces Chico se salió afuera y le dijo al muchacho que fuera adentro del monte a cortar unos

bejucos para engarchar los cangrejos. El muchacho cogió el cotillo y se metió en la montaña.

El río estaba bien serenito, había un gran silencio. Se oía el agua pegar contra las piedras y las zambullidas de los hombres.

La claridad era muy poca pero el río reflejaba todavía bastante.

Chico de repente se puso listo, ya había divisado lo que esperaba: el lagarto.

El animalote venía quedito, orillado entre unos grandes gamalotes, venía que hasta que echaba popitas, no hacía ruido. Luis Ponay estaba de espaldas.

El animal se quedó parado a la orilla de un tronco, Chico lo estaba viendo y se hacía el que buscaba cangrejos entre los cacastes de piedras.

Luis Ponay salió a coger aire.

—Aquí tengo una pareja de mueludos —le gritó a Chico.

—Aquí tengo yo otra —le contestó Chico.

El lagarto se había refundido y había pasado debajo del tronco. Luis Ponay volvió a sacar la nariz para coger huelgo y se volvió a meter.

Chico sintió al muchacho que venía. El lagarto ya estaba cerquita. Chico se salió encarrera, el muchacho había visto el lagarto y antes que gritara, Chico le tapó la boca con sus manos.

Se oyó el grito horroroso del hombre, Chico alcanzó a ver al hombre todavía entre las tapas del lagarto mientras una mancha de sangre quedaba encima del agua.

La noche había entrado. Oscuro estaba el río y la luna chiquita.

EL ARUÑO

LINO PEREZ venía de Romero, por Santa Cruz, cruzándose la montaña por una vieja abra que dejaron unos huleros.

Don Lino venía acompañado por dos perritos, la Golondrina y el Pinto. Traía cargado su saco hulado con ropa en el hombro y en la otra mano su machete y un palo que lo traía de bastón.

Venía pasando por unos bejucales, cuando de pronto siente que se le espantan los perros y en eso el animal que le cae encima desde arriba de las ramas de un guabo seco. El animal le cayó encima del hulado y el viejo dio el brinco sobre unos espinales con un gran susto, que sintió que tenía parado el corazón y que no podía respirar. El animal se le sentó en frente violinando el espinazo y con los enormes dientes. El viejo jochó a los perros mientras le asestaba un varazo en la nariz. El animal casi le quita el palo, los perros le latieron a la orillita, quiso el tigre coger a un perro, pero el perro se le zafó, el tigre se puso nervioso, el viejo le volvió a zampar, un perrito se le fue por delante, jai, jai, mientras el otro por detrás le latía

también, el viejo le tiró otro varazo, el tigre le voló su manotón, el perrito le volvió a latir orillado y el animal se volteó, mientras el viejo le metió un jincón con el machete en el pescuezo y el animal bramó y se fue para atrás. El viejo a cada movimiento le iba soltando la boca al saco hulado, hasta que en una de esas, cogiendo el viejo de una punta el saco, le echó al animal la ropa encima y con el machete lo jincó duro, cogiéndolo bien, el animal hasta se mió, el viejo le dio de filo en la coronita, el perrito le mordió la cola, el animal le tiró su manotón al viejo y él se sacó el tiro con el palo, pero lo atrasó un tronco y la uña de la pezuña lo cogió apenitas, por el hombro derecho, haciéndole una herida sobre el pellejo hasta el otro lado, pasándole por la barriga con todo y camisa.

El animal se ladeó bramando y el viejo le dio otro machetazo y el animal bufó estirándose pesado sobre el suelo.

El viejo todavía lo acabó de matar y los perros no dejaban de latir. Llegó el viejo ya de tardecita a "El Castillo" y le curaron el aruño.

LA MICA

BIEN contento se puso Chema Pomares cuando me vio

—Te acordás de la Mica —fue lo primero que le dije

—¡Je, ¡Je! —se rió a mi lado una mujercita

—¡Ehé! Adiós Matilde, si no te había conocido —Le dije alegre de verla

La mujercita me abrazó duro y me fijé que había envejecido bastante

—¡Si sos la misma Matilde! —le dije riéndome

—¡Je!, ¡Je! —se rió ella— Pero qué grande que se ha guelto usté —me dijo

—¿Deme razón de la familia? —re preguntó Pomares

—Están todos bien, muchas gracias

—Que me alegro, y la Nía Lolita?

—También

—Y don Chico?

—Todos están bien —le dije

Yo me senté en una banquita. Había allí otros hombres que estaban comiendo, con los cuales me hice amigo muy pronto y después estuvimos platicando hasta ya noche

—Es que yo estuve de cuidador en la finca de don Chico, el papá dél —les explicó Pomares a los otros

—¡Ajá! —le dijo un viejo que estaba sentado a mi lado y que se llamaba Miguel

—Bueno —siguió Pomares, entre cerrando sus ojos como tratando de recordar— casi no había luna

—Y nosotros habíamos llegado esa tarde —le agregué yo

—¡Ah, sí Ya me acuerdo! —afirmó Pomares

—Bueno pues —siguió— yo me había recostado en la hamaca y como el perro comenzó a neciar, ve a ver qué, le grité a la Matilde

—Es que le ha cogido tema al gato —me contestó la Matilde

Así fue que ya no me volví a preocupar más. Al rato, el perro sigue, entonces lo chiflé y ya se quedó echado bajo la hamaca. Pasó un buen rato, ya me estaba acomodando cuando en eso oigo que de un palo de mamón que está en mitad del patio, la cantadera

de las gallinas que se volaban asustadas y el perro en un solo aullido

—¿Qué es eso? —grité otra vez

—Ha de ser zorro —me contestó la mujer que también se había despertado

Entonces corro a traer la escopeta y me salgo afuera a ver

Así que yo que veía para arriba del palo, cuando en eso oigo

—¡Cuas! ¡Cuas!

Ni más ni menos como una Mica. Me vuelvo a un lado y la veo clarito a la animala que me bailaba

Ni se que se me vino a la imaginación. Vengo, le apunto pues y fuá! le dejo ir el tiro. Amigo, y se capea el animal, da un brinco y con las manos subidas me vuelve a hacer

—¡Cuas! ¡Cuas!

Quiebro la escopeta entonces y le meto el otro cartucho y la busco

Se me había perdido en lo oscuro, yo quedito la estaba buscando por unos troncos, cuando me llora a mi espalda

—¡Cuas! ¡Cuas!

Me lo voltello y entonces ya estaba otra vuelta atrás de mí

—¡Cuas! ¡Cuas!

Amigo ya me puse incómodo, le jocho el perro y lo noto que estaba en un solo temblido

—No hay como en esa hora —dijo el viejo Miguel— que decir tres veces "Que la sangre de Cristo me valga" vella eso es ya

—Bueno que me lo haiga dicho —cabeceó Pomares— Pues, entonces y como le iba diciendo, cuando diviso de nuevo al animal le dejo ir el otro

—Y le distes? —le volvió a preguntar el viejo Miguel

—Qué va! Si no ve que era cosa mala? A mí me entró helazón en el cuerpo y todo me gedía a comején. Pues bueno amigo, al fogonazo el animal se agacha y ni la quema y sale encarrera para una hortaliza

—Sí, es cierto —me metí yo en la conversación— me acuerdo cuando se echó al suelo para pasar el cerco de alambre que hasta dejó el rastrillazo

—Y es verdad que así fue

LOS HUNGAROS

EL río se veía bien calmo y el cielo limpio sobre la montaña

Una lancha se divisaba avanzando despacio en medio río. Una garza se levantó del zacatal y salió volando

La lancha viró cogiendo altura sobre la corriente y se fue acercando. Una planota traían remolcada y los pasajeros se veían apiñados entre los equipajes y

los sacos. Un marinero metió la palanca a la orilla para no pegar de costado y la lancha se fue ladeando hasta entrar al embarcadero. Enseguida echaron un viejo tablón hasta tierra y los pasajeros salieron con sus valijas

El puerto todo se veía embullado. En las ventanas de las casas viejas los vecinos estaban asomados viendo pasar la gente que había llegado

—Quiénes serán aquellos? —le preguntó Manuel al otro muchacho que estaba con él

—¡Quién sabe! —le contestó el otro

Un marinero pasó en la calle con un cajón en el hombro y el otro muchacho, que se llamaba Anselmo, deteniendo del brazo al marinero le dijo

—¿No sabés quiénes son aquellos sombrero-
rudos?

—¿Cuáles?

—Aquéllos que están para allasito de aquel barril

—¡Ah! —dijo el hombre— esos son los húngaros

—¡Húngaros! ¡Húngaros! ¡María Purísima! —exclamó la Rosa Viales que estaba en la puerta junto a los muchachos

—Húngaros? —le preguntaron los muchachos— y qué son los húngaros?

—Es seguro que viene la guerra o las enfermedades aseguró la vieja

—Tal vez van de paso para La Baira —dijeron los muchachos

Allá en la calle venía el Cabo Ramírez con los papeles de los zarpes en la mano. Cuando estaba más cerca, la vieja Rosa Viales lo llamó. El Cabo trepó la acera y se quedó parado a la orilla de la puerta

—Es cierto que aquellos que están allá son húngaros? —le preguntó, señalándole con el dedo a una mujercita y dos hombres mechudos que estaban en el muelle sacando unos sacos

—Sí —le dijo el cabo— son húngaros

—Y aquí se irán a quedar?

—Pues francamente, yo no sé. Como eso es cosa del comandante

—Dios no lo permita —repitió la vieja

El Cabo se rió de ver la cara que ponía la vieja Rosa Viales

—Y todavía se ríe Ud? Bueno, pues así va a ver —y hablándole más bajo le agregó— ¡son azote los húngaros! ¿qué me va a decir a mí? Son cochinos, mañosos y hasta se roban las criaturas

—Todas esas son sonseras —le aseguró el Cabo y arreglándose su gorrita de G N se bajó de la acera

—Que son sonseras mías! —exclamó la vieja— así va a ver así va a ver lo que le estoy diciendo

El guardia no le hizo caso y siguió recto. Los muchachos que estaban a la orilla de la puerta se quedaron allí esperando que pasaran los húngaros

—Ve aquel del chombelito —le señaló Anselmo a Manuel a uno de los húngaros que llevaba un sombrero puesto en la punta de la cabeza

—¡Ji! ¡Ji! —se rieron los muchachos

—So! Bruto, ya te oyó el hombre ése! —le gritó la vieja al muchacho

—Idiay y qué vale —le dijo Anselmo

—Que no ves que va a crer que te ris dél?

Efectivamente, el hombre dejó lo que estaba haciendo y se vino para donde estaban los muchachos. Los muchachos se quedaron viéndolo, más temerosos que otra cosa. El hombre se paró a la par de Anselmo y después se vino para donde Manuel, les meneó los ojitos y sin decirles nada, entró en la casa de la

Rosa Viales hasta la orilla del mostrador donde la vieja tenía sus ventas

—Qué quería? —le salió la vieja al frente

—“Cuánto costar esta naranja?” —Le preguntó el húngaro con la lengua atravesada y cogiendo un huevo que había en una canasta

—Naranja? Qué no ve que eso no es naranja? ¡ESOS SON HUEVOS! —le gritó

¡Oh! huevo. ¿Esto ser un huevo? —preguntó el húngaro haciéndose el extrañado y comenzó a examinar el huevo que tenía en la mano— ¡Ja! ¡Ja! —Soltó una carcajada echándose sobre el mostrador— “huevo” ¡Oh, huevo! —exclamaba muy serio y haciendo muchos gestos se acercó a los muchachos enseñándoles en su mano derecha una naranja bien amarilla

Los muchachos se quedaron asombrados con los ojos bien abiertos ante la magia del húngaro, pero la vieja se le acercó mal encarada

—Bueno y el huevo que acaba de agarrar de aquí?

—Huevo? Cuál huevo?

—Yo no sé —le gritó la vieja— pues el huevo que acaba de agarrar de aquí

—¡Oh! ¡Oh! —exclamó el húngaro sorprendido y les volvió a enseñar a los muchachos la naranja que él había sacado por magia

—¡Ah! ¡No! —gritó la vieja golpeando el mostrador— déjese de carajadas que me está atrasando

—Oh, bueno, bueno —le dijo el húngaro— tomó pues tu huevo Señora — y le alargó la mano a la vieja, mientras iba diciendo algunas palabras, (una oración tal vez) porque allí no más, y después de darle una frotadita a la naranja volvió a parecer sobre su mano el huevo que antes había cogido de la canasta

Después el hombre se echó a reír otra vez, puso el huevo en su lugar, se rascó su narizota y dando unos brinquitos divertidos salió por la otra puerta, junto a los muchachos que estaban asustados

Manuel que era el más curioso se acercó a registrar el huevo que el hombre había dejado allí y lo estaba viendo cuando la vieja le gritó

—¡Poné ese huevo, muchacho idiota!

—Jesús qué delicada —le dijo Manuel medio asareado

—Vayánse de aquí, que no estoy para aguantar fregaderas

—Munús, hombré —llamó Anselmo a Manuel y lo jaló de la camisa. Manuel le hizo caso pero antes no dejó de dejar ir sus verbos a la vieja

Los muchachos salieron de la casa de la Rosa Viales y después se metieron a la casa de Niñón Acevedo que quedaba en la otra esquina, enseguida de un palo de mango y allí estuvieron oyendo a una señora de Granada que estaba hablando linduras de los húngaros y oyeron que allí también decían que esa noche los húngaros iban a dar una función y que había que pagar la entrada. Los muchachos estaban muy interesados por ver esa función y como no tenían con qué, dispusieron hablar con el capitán del remolcador a ver si les daba la bajada del mecatazo sobre el rau-

dal y con eso tener ya con qué pagar la entrada de la función

Así fue que se dirigieron en sus botes a la cabeza del raudal donde habían llevado a esa hora las primeras planas

Ya eran como las dos y media de la tarde cuando los muchachos echaron el mecate al bote a la orilla del encolochado primero de la canal izquierda del raudal. Caía una silampita y se oía el ruido del motor del pequeño remolcador atascado entre unos palos. Hicieron dos rollos con el mecate para que no se les encocara, Manuel se sentó adelante y Anselmo cogió el gobierno. El remolcador estaba en medio de la canal en un lugar donde es más angosto, los muchachos tenían que llegar hasta unos sonsapotes que quedan a la derecha para que puesto el primer mecate, traerse desde allí sostenida la plana de carga mientras el remolcador pujaba la otra que cala menos, hasta los primeros topes

Soltaron pues la punta del mecate, se empujaron sobre la correntada y entraron decididos en la primera chiflonada, Manuel se sentó a plan y Anselmo metió en el agua el canaleta hasta la oreja para calcularla la profundidad. El canaleta entró con fuerza y salió flotando y Anselmo entonces estuvo seguro que ya había entrado de boca. ¡Al encolochado! —gritó, y entonces arrendaron de costilla, los cogió la otra chiflonada muy bien y salieron disparados hasta los dientones, justamente para pasar apenitas rozando con la piedra de mesa que se veía lamosa bañada siempre por el agua que revienta en espumarajes. Dieron la vuelta, arrendaron luego de costado y Anselmo a una señal de Manuel cogió la palanca para sostenerse mientras ponía recto el bote antes que le diera vuelta uno de los machos de agua, que era lo más duro que había de pasar hasta que por fin entraron en el retenedero que allí se va más fácil y es mucho más hondo y entonces ya se fueron con calma jalando abiertos hasta coger la otra chiflonada y caer después en la agua arriba, que allí ya es mansito y entonces les gritaron a los otros marineros que en cuanto se acercaran les detuvieran el bote y entonces bajaron la otra punta del mecate, lo enlazaron a los sonsopotes y les hicieron señas a los de arriba para que comenzaran a cobrar con el molinete. Eso es todo lo que tenían que hacer, después subieron el bote solo a pura vara y por el otro lado que es más chiche hasta el tambo de los Galeanos, lo dejaron cerca de la orilla y después salieron alegres a traer sus reales

Ya eran como las cinco y el sol estaba rojo, rojo, sobre los grandes ceibones que se movían bajo el viento. En cuanto entró la noche comenzaron los preparativos en la casa de doña Julia cerca de la plaza. En esa casa habían conseguido los húngaros dar su función y todo lo habían arreglado bien, hasta pusieron un biombo pegado a la pared para tapar lo cascado

El hombre narizón que antes les había hecho la prueba de la naranja a los muchachos en casa de la vieja Rosa Viales estaba allí parado en la puerta y se ocupaba de cobrar las entradas

Anselmo se metió primero y Manuel después. Quince reales le pagaron al hombre cada uno por la

entrada a la función. La sala de la casa de la Julia ya estaba llena de gente

—Onde nos sentamos? —le preguntó Anselmo a Manuel

—Esperate —le dijo Manuel mientras estaba viendo a ver por donde le echaba el ojo a algún lugar desocupado, aunque a esa hora ya estaba repleto. Había muchachos y también gente grande y hasta muchachitos que los traían cargados

—¡Qué barbaridad! —dijo una mujer— traer aquí a esas criaturas, pobrecitos, verdad?

Otra mujer que estaba cerca con su hijito en los brazos la oyó, la quedó viendo y le retorció los ojos

Manuel jincó a Anselmo con el codo y se pusieron a reír

—Allá están los Ruiz —dijo Anselmo

—Ei, Chepe Luis —le gritó

—Qué es? —le contestó el otro

—Ai lugar allí?

—Si hom, venite

Anselmo y Manuel se metieron entre el gentío como pudieron

—Sentate aquí —Le dijo el otro muchacho a Manuel. Manuel se sentó apartándose a un lado y llamó a Anselmo para que se acomodara también. Anselmo llegó y se sentó a un ladito

El Comandante entró al rato y estaba buscando también donde sentarse, pero allí no más uno de los húngaros salió muy atento de adentro con un taburete y se lo puso para que se sentara. Al rato pues, se levantó el telón que era una sábana pegada a los lados de la puerta con unas tachuelas

Los de la orquesta entraron después y se componían de un muchacho con una guitarra, otro hombre que tocaba una mandolina y Chemita el sastre que sobaba su violincito

Los músicos comenzaron a tocar aquella vieja vieja cancioncita de "Titina fue a la Guerra" y la gente muy contenta los aplaudió duro

De un lado de la puerta que hacía de escenario salió bailando la mujercita que andaba con los húngaros. Tenía puesta una batita chinga con vuelos y se le veían las piernas embijadas de crema

Dio unas vueltecitas y comenzó a cantar acompañada de los músicos que hasta se agachaban dándole a sus instrumentos. Detrás de la mujercita que cantaba venía andando en cuatro patas el hombre de la narizota, y entonces todos comenzaron a reírse de la ocurrencia. la mujercita se paró en medio del salón y cantó

"Titina, titina si fue a guerra
Titina si ha perdido
tata tarí tatará "

y daba vueltecitas y brincos seguida siempre por el otro hombre que andaba agachado detrás de ella — y Titina qué si hizo? — preguntó al público. Los músicos dejaron de tocar en ese instante y entonces el hombre que venía detrás de la mujercita se paró y en seguida gritó — aquí está Titina —y se puso a hacer como perrita— ¡güey! ¡güey! ¡güey! Todos

los muchachos gritaban y le daban con los pies a los taburetes y también la gente grande se estaba riendo.

El programa seguía su desarrollo y así pasaron varios números de bailes y cantos y una de las cosas que también hizo reír mucho a la gente fue cuando salió el otro hombrequito que andaba con una mona y que a todos los muchachos les gustaba mucho

—Cómo ser barriga Comandante? —le preguntó el hombrequito a la monita que andaba vestida con una blusa de papel de la china. La monita se paró en dos patas y poniéndose toda pandita, juntó los peludos brazos por delante del estómago y comenzó a dar vueltas

Una sola risotada fue lo que se oyó y el Comandante también se puso a reír volviendo a ver a los demás que estaban en la función

Después salió otra vez el hombre de la narizota y siguió haciendo más pruebas y magias que él sabía, pero estaba en una de sus representaciones cuando se quedó como inmóvil, con la mirada fija en la puerta de la calle porque en ese momento se iban escabullendo por esa misma puerta que era la única salida afuera, la mujercita bailarina y el hombrequito de la mona. El hombre de la narizota desde donde estaba parado gritó con todos sus pulmones

—KRILAI! ¡KRILAI! (Quién sabe lo que quiere decir eso), pero ninguno de los dos prófugos se hicieron los entendidos, sino que más bien zamparon la carrera, pero el hombre de la narizota al ver que no le habían hecho caso se rejó venir que era una jara y pasó sobre la gente que era una furia

—Y qué fue? —preguntó uno

—Quién sabe! —dijo otro

Todos los que estaban en la casa de la Julia se alborotaron y buscaron salida para ver qué era, pero allí no más se oyeron afuera unos gritos

—¡Auxilio! ¡Auxilio! ¡Ay! ¡Ayayay! —se oía de largo

Todos se desbandaron afuera al oír los gritos y el Comandante a pesar de ser un hombre gordo no supo ni a qué hora ya estaba afuera y con un foco que andaba en la mano se acercó a un grupo de gente que se había formado allí afuera en la calle y estaban curioseando con la mujercita de los húngaros que tirada en el suelo, sollozaba y sollozaba

—¡Allá! ¡Allá va! —gritó uno de los del grupo señalando al Cabo Ramírez un bulto que iba en una sola carrera por el camino de la loma. El Cabo cogió su rifle con una mano y se fue corriendo detrás del hombre que iba de huída.

—Que alguien me le salga al otro lado —gritó el Cabo mientras corría

—Bueno —dijo uno de los que estaban allí, penó unas piedras y se fue corriendo por el otro lado

—Bueno y qué pasó aquí? —le preguntó el Comandante, acercándosele a la mujercita, pero ella no pudo responder porque estaba impresionada

—Allá viene el hombre de la monita —gritó uno, mientras el hombre tímidamente se iba acercando al grupo

El Comandante muy activo apartó a la gente a un lado y se acercó a interrogar al hombrequito conchudo de la monita

—Cómo se llama usted?

—Toñy, si Señor Toñy —dijo el hombrequito haciendo una reverencia

—Y qué pasó con esta mujer? —le volvió a preguntar el Comandante señalando a la mujercita que estaba echada en el suelo llorando

—Yo nu sabe, yo Señor —dijo el hombrequito y le hizo otra reverencia

—¡Qué! —Exclamó el Comandante— que no sabe nada?

El hombrequito se puso un poco nervioso y llevándose las uñas a la boca le hizo otra reverencia

—Señor eshs Verá Usté, no, pos yo El hombrequito dijo varias frases que no le entendió el Comandante

—Vamos Vamos —dijo el Comandante— va con calma hable usted, hable sin miedo que aquí nadie le va hacer nada hable

—Pos fue Philo, sí Señor, fue Philo El fue, sí Señor —y volvió hacerle al Comandante otra reverencia

—Philo? Philo? —repitió el Comandante— bueno y quién es ese tal Philo?

—El otro ser Philo, el otro —explicó el hombrequito

—El narizón? —dijo el Comandante haciendo un esfuerzo con la memoria

—Sí, el narizón, ese es Philo —explicó otro de los que estaban allí

—Ajá, ajá, —dijo el Comandante conforme y volviendo otra vez para donde el hombre de la monita, siguió —bueno, a ver amigo, dígame pues qué fue lo que pasó

El hombre de la mona con su lengua atravesada comenzó a decir un poco de cosas que, claro está, casi nadie entendió, pero más o menos se sacó en claro que el hombre de la mona había querido huir aquella noche junto con la mujercita, aprovechando el momento de la función porque el tal Philo era muy grosero con ellos y sobre todo con la mujercita que a todo trance quería mantener a su lado, aún a la fuerza. Por eso es pues, que ellos se resolvieron a irse escondidos, pero el otro húngaro, el de la narizota, los había visto y entonces salió a perseguirlos habiéndole dado alcance a la mujercita a la que había golpeado

Después que el Comandante desenredó todo aquel ovillo de cosas se quedó un ratito pensando y satisfecho de haber llenado su curiosidad, y ya le iba a preguntar otra cosa al hombre de la mona, cuando advirtió que a su lado se le había congregado un montón de gente por lo que dijo Mejor munós a la oficina, allá arreglaremos todo este asunto Véngase usted Llamó al hombre y le hizo ademán para que lo siguiera. La mujercita se levantó también de donde estaba y se vino junto con el hombre, detrás del Comandante que iba adelante apretándose la cintura con su gruesa faja y atrás seguía todavía una romería de gente murmurando cosas

Entraron en seguida a la casa de la Comandancia, primero entró el Comandante por la puerta de atrás y se fue a la otra pieza a traer una lámpara de kerosine que la puso encima de la mesa y le subió un

poquito la mecha y después se vino a sentar a su escritorio

—Andá llamame a Alfonso —le dijo a uno de los muchachos que se había ido a parar a su orilla. El muchacho salió en una carrera a hacer el mandado, y al rato fue entrando el tal Alfonso con una camisa azul y fumando

—Y dónde te habías metido? —le preguntó

—Y diay pues estaba acostado

—Bueno, bueno, pues entonces andá ir tomando nota

—Como no —dijo Alfonso y se sentó a la orilla de la mesa. En eso estaba cuando entró el Cabo Ramírez que traía capturado al hombre de la narizota y le dio un empujón dejándolo enfrente del Comandante

El Comandante muy serio quedó viendo al hombre y se rascó la cabeza

—Bueno —comenzó hablando el Comandante— esta mujer no quiere seguir con vos, pero vos querés seguir con ella?

—Sí Señore —dijo el hombre de la narizota, con viveza

—¡Ehé!! —exclamó el Comandante levantándose de su asiento— es decir que vos querés mujer a la fuerza?

—¡Ja! ¡Ja! —se rieron los que estaban allí oyendo el asunto

El hombre de la narizota encogió la boca y apretando los puños le gritó al Comandante "Estu no ser cuenta suya, Señore. Na tené busté que ver. ¡Nada! ¡Nada!" —le gritó con grandes ademanes

—¡So!! —le contestó el Comandante encolerizado— malcriado, pedazo de alcornoque, a la autoridad no se le contesta así — y parándose reclinado al escritorio hizo gesto de coger una regla rolliza que estaba encima de unos papeles. El hombre dio un paso atrás. El Comandante se volvió a sentar mal encarado

—Que acaso vos sos casada con éste? —le preguntó a la mujercita, señalándole con desprecio al hombre de la narizota

—Nu, nu señor —le respondió la mujercita toda nerviosa

—Ajá, ajá —dijo el Comandante reclinándose en el espaldar de su asiento— y entonces con qué derecho vos querés exigirle nada a ella, Ah? Ah? Hablá vos —le dijo al hombre, pero primero había agarrado la regla rolliza por si acaso el hombre le contestaba mal, pero el hombre no le dijo ni media palabra

—Ve Alfonso —llamó al secretario— ponémele a éste una multa

—Por qué? Por qué pongo en el libro —le preguntó el secretario, mientras iba mojando la pluma en el tintero

—Alteración del orden —dijo— y faltarle a la autoridad —agregó muy serio

El secretario escribió muy ligero, sin detenerse y enseguida habló al hombre de la narizota y luego de platicar con él, el hombre sacó los reales de la bolsa y se los entregó al secretario que rompió unas boletas de la punta y se las entregó al hombre

El Comandante se había levantado de su asiento y se paseaba por la pieza de su oficina cuando de pronto gritó

—Bueno .y qué es tanto muchachero ¡Afue-
ra! ¡Afuera! —y se acercó al escritorio a coger la regla rolliza que tenía, entonces los muchachos salieron disparados, unos por la puerta y otros por la ventana

Anselmo y Manuel se quedaron escondidos entre unos sacos de arroz que allí había para ver en qué paraba todo aquello

El hombre de la narizota después que lo despa-
charon y pagó su multa bajó las gradas de la Coman-
dancia hecho una furia y diciendo cosas en su lengua enredada

Ya fuera, en el quicio de la puerta se quedaron hablando el Comandante, el hombre de la monita y la mujercita y otros curiosos que estaban todavía allí ve-
lando

—Mi Señor Comandante —dijo el de la mona

—Ajá, qué —le contestó el Comandante dis-
traído

—Estarles muy agradecidus, agradecidus

—De nada hombre, de nada —repitió el Coman-
dante turbado— pero yo quiero recomendarles —agre-
gó cambiando el tono de la voz— que ahora no
vuelvan con otro pleito si se encuentran con el otro
por allí

—¡Ah, no! —le aseguró el hombre

—Oh, mi señor Comandante —dijo la mujercita,
tomándole la mano al viejo— yo no querer seguir Phi-
lo, favor, señor, favor

—Hombré Alfonsó —llamó el Comandante al
secretario, desatendiendo por el momento los ruegos
de la mujercita— cuándo sale este remolcador?

—Ah? Qué fue? Me llamó usted? —preguntó
el secretario que no había oído bien

—Qué cuándo sale el remolcador? —le preguntó
impaciente

—Ah. El remolcador? Pues, yo creo que aho-
ra en la madrugada

—Señor, señor —volvió a rogarle la mujercita—
yo nu quere seguir Philo, mi pega, mi pega, Señor —y
se puso a llorar

El Comandante la quedó viendo pensativo y con-
movido con la mujercita

—Señor, señor —agregó el otro hombre— y
ella no poder quedarse aquí pa mientras sale el remol-
cador? Sí? Ella después rinconocer il gasto, sí?

—Eso es lo de menos —dijo el viejo— eso es lo
de menos —repitió y se rascó la cabeza pensando—
bueno pues —dijo al rato— pues que se quede aquí
pues, para mientras, hasta que pase el otro remolcador
que va para la Barra. Allí tal vez se puede acomodar
en la banca de la oficina

—Mañana pasa el otro que viene de Pocosol —le
aseguró el secretario

—Ah, bueno —dijo el Comandante

El viejo agarró la lámpara de kerosine y se metió
a la pieza para cerrar la puerta de la Oficina, pero
volvió a salir para gritarle al otro hombre que ya se
iba

—¡Oye! Vos —le gritó— cuidado vas ahora a hacer otro bochinche

—¡Nu señor! ¡Nu señor! —le contestó el hombre de la monita haciéndole una reverencia

Los que estaban allí también se fueron para sus casas y Anselmo y Manuel salieron de su escondite y bajaron las gradas y se fueron hablando hasta la casa de la Rosa Viales donde todavía estuvieron oyendo más cuentos, que los que allí se reunían siempre tenían que contar o comentar algo

Así pues todo quedó en calma, la gente cerró sus puertas, la mujercita se quedó esa noche bajo el amparo del Comandante y todo quedó tranquilo hasta el amanecer del día siguiente que el pueblo de El Castillo estaba otra vez embullado. En el remolcador que había zarpado muy de madrugada de ese día, habían levantado el vuelo los húngaros

La puerta de la oficina de la Comandancia de Armas y Administración de Aduanas amaneció abierta en pampas. Al Comandante le habían hecho un buen alzo, entre otras cosas se le llevaron la lámpara

tubular y su reloj enchapado, tres pantalones que esa misma tarde se los habían llevado planchaditos, una camisa nueva, unos vasos de Zepol, diez pesos que se los sacaron de la cartera y un par de botas y la mujercita que había dejado a dormir en la oficina, el hombre de la monita y el otro de la narizota se hicieron humo

—¡Hay que poner un exhorto! —dijo el Comandante pálido de rabia y se levantó precisado, entró en la oficina de telégrafos, que quedaba allí no más en la otra casa

—Emilió —le dijo al telegrafista, deteniendo la respiración un momento— ponéme ya este telegrama al Delta, —22-22-22— oíste?

—Don Chicó —le dijo el telegrafista— siento mucho, pero está mala la línea

—¡Carguen conmigo todos los diablos! —gritó el Comandante— llega a viejo uno y todavía tiene que aprender ¡Quién me manda andar haciendo favores! y agarrándose con las dos manos la cabeza, salió del Telégrafo que hasta que bufaba

DON CHILO

AMIGO y vengo y pego la carrera, que ya ni cuenta me di del sombrero que dejé ¡Já!, ¡Já! , ahí tirado en el suelo

—Y onde cogieron los otros?

—¡Esh ! cada quien se las mandó a jalar por su lado

—Oh, don Chilo, este

—¡Ja!, ¡ja!, ¡ja! —se rieron en coro los amigos

Los tres hombres estaban sobre la mesa, riéndose. El cantinero que se había quedado oyendo el cuento con la cara apoyada en las manos, se reía también enseñando sus menudos dientes que le daban a la cara un aspecto de ardilla

Estaban en la cantina los tres hombres reclinados en los taburetes. Sobre la mesa un viejo plato enlozado, todavía mantecoso y restos de comida y recado a la orilla. Los hombres estaban hablando cerca de la ventana mientras un candil parpadeaba en la solera. El ruido de la puerta que pegaba en el suelo al empujarla, hizo a los hombres volver la mirada afuera. Don Chon Canales estaba sacudiéndose el polvo y cuando vio a los otros se vino a saludarlos

—¡ Y diay don Chon!

—¡ Y diay don Chilo!

— Y onde se me había perdido?

—Ud es el perdido, don Chilo. Ayer casualmente le preguntaba por Ud al patrón y él me contó que Ud ya no venía por estos lados, que como que andaba metido en el negocio de reses

—Ah, sí. Efectivamente, don Chon

—Siéntese un rato don Chon —le dijo uno de los hombres a don Chon, mientras le acercaba un taburete

—Ah, gracias —dijo don Chon— pero viera que ando de carrerita no quiero me vaya agarrar la noche

Pero ya que están Uds aquí, me van a permitir la confianza de convidarlos a tomar algo aunque sea

—Gracias —dijeron los otros

—Yo le agradezco de todas maneras —dijo uno de camisa blanca que estaba en la rueda— pero es que yo no bebo

—Pues aunque sea una chibola, mi amigo

—Ah, bueno —cabeceó el otro

Los hombres se acomodaron en sus lugares mientras traían lo que iban a beber

—Y cuénteme de su vida, mi amigo don Chilo

—Y qué quiere que le diga, mi amigo don Chon, si nosotros los pobres sólo de trabajo es lo que sabemos hablar

Don Chon se sonrió

—A ver, cuénteles a don Chon ese pasaje que me acaba de echar —le dijo el hombre de la camisa blanca a don Chilo

—Ah! No —dijo don Chilo, apenado— si no tiene importancia así en otra ocasión

—A ver ! A ver! écheme ese cuento —le dijo don Chon

—¡Esh ! si no es nada, don Chon

—¡Cómo que no es nada! —protestó don Chon— ¡Ismael! ¡Ismael! —gritó al cantinero— tráeme esos tragos

—Ya voy don Chon —le gritó el cantinero

El cantinero vino al ratito, puso los vasos y la botella. Los hombres se sirvieron y bebieron

—Y diay, y el agua? —preguntó el otro hombre

—El agua? —dijo don Chon extrañado— y para qué quiere agua? Que no ve que se le quita el gusto?

Los hombres se sonrieron

Algunos hombres estaban en el mostrador bebiendo agachados y las sombras de los cuerpos daban en la pared y se veían grandotas

—Pues como iba diciéndoles —empezó don Chilo

—Ajá —dijeron todos y se quedaron quietos oyéndolo

—Ha de saber Ud que yo venía padeciendo del hígado. Amigo, que ya me traía incómodo el mal. Yo con hierbas ¡qué no bebí!, medicamentos del doctor, todo y como si lo echara en un pozo. Todo era que comiera comida pesada, como decir carne de chanco ai no más me venía el dolor, como una estaca aquí al lado derecho, arribita de la cintura. Pues en esos días la mujer oyó que habían un curandero muy bueno en Norome. Yo para que le voy a decir, yo no ando creyendo en ésos, pero todos los días la mujer —tantea con el hombre ese — andá velo — qué te cuesta — tal vez te cura—, hasta que al fin me decidí. En el nombre de Dios me dije, quién quita. Y como también Roque, Roque Rivas, el de la quebrada del muerto

—Roque Ríos, será —lo corrigió don Chon

—Ah, sí miento. Roque Ríos es. Pues como le iba diciendo, él también estaba mal de los niños y el hijo de él, el más grande

—Ah, Camilo? —dijo don Chon

—Eso es. Camilo. Pues los tres hicimos el viaje. Cogimos el camino de Masaya, pasando antes por Nindirí y luego hasta la laguna. Como a las ocho, por aí, fuimos llegando a la Orilla y como era pues ya tarde, entramos a un rancho a pedir posada por la noche

Dejamos los caballos en el patio y nos acomodamos afuera, porque sólo era un rato que íbamos a pasar, porque teníamos que salir con la clara. Pues ai dejamos las bestias con las albardas y nosotros buscamos onde arrecostarnos

En el rancho éste que le digo, solo había un viejo con cara de loco que tenía un lunar de pelota en la cara y un muchacho medio guanaco grandote el indio, pero viera que ajambadote que se veía

El viejo antes de acostarse, empezó a rezar un rosario con más letanías que espinas tiene un pochote y todavía el viejo le daba sus vueltas y revueltas con las meditaciones, el pedido a los tres Angeles custodias, la subida al Monte Carmelo y la salve a las benditas ánimas del purgatorio

—Que ni que fuera cura este viejo —me dijo Roque

—Ai dejalo —le dije yo

El viejo pasó toda la noche haciendo cruces para espantar al diablo. El viejo rezaba y el muchacho le respondía

—Amigó —le digo yo al viejo— me pudiera hacer el favor de despertarnos muy de madrugada, si es que Ud se recuerda temprano?

—Pierda cuidado mi amigo —me respondió el viejo— yo a las cuatro comienzo el trisagio.

—Ah, bueno —le dije y comencé a buscar el sueño

¡Esh, chocho! —me dijo Roque— todavía tenemos que aguantar un trisagio

—Ai dejalo —le dije yo

Bueno pues, pasó el tiempo ai onde estábamos

Yo no me dí cuenta, claro, lo cansado que andaba, que onde yo me acurruqué era justamente a la orilla de una canoa vieja onde tenía el muchacho guanaco su dormitorio dé! Pues bien, el muchacho mentado para no molestarme se me acurruco él entre las canillas a mí. Yo me dormí de viaje. Quién sabe, qué va saber uno nada. Pues viera que cosa, primero algo de pronto, siento un alumbrón encima de la cara y juntamente un sonido de campanas, talán, talán, talán, talán, pero bien fuerte y todavía alcancé a oír el grito de "Ave María Purísima"

Gracia concebida" "Señor Dios todo poderoso" y allá le va el talán, talán, talán que yo ni qué pensar en ese trance, me espanto todo y qué va uno a saber, verdad? Yo lo primero que hice, la costumbre del montado, fue afianzar las espuelas y apretar las canillas, haciendo chirriar en la corrida las dos chocollas y, amigo oigo un grito peor, encima de mí

—¡Ay! ¡Ay! me agarró a mí ¡Suéltlenme! ¡Suéltlenme! ¡Ay! mi pescuezo ¡Ay tatita me agarró el diablo! ¡Ay! ¡Ayay!

—Qués? Qués? Qués éso? gritamos todos, y al viejo mentado lo vide en camisón que venía gritando con un candil en la mano

—"Ave María Purísima" "Dios Todo Poderoso" "Que fuerte venís" "Qué fuerte mi Dios "

Y amigo y me percató que yo tenía al muchacho ensartado en las espuelas y el indio soreco gritaba

—¡El Diablo! ¡El Diablo Tatita! que me agarró aquí, ¡ay!, ¡ay! Vengo yo y pego el brinco en ese alboroto y busco a los demás que los diviso que ya iban desbandados en busca del poste donde habíamos amarrado las bestias y yo también cojo el desguindo

—¡Munós! ¡Munós! —me gritan

Me tiré en el caballo y le echo la rienda y salimos en un solo polvasal

—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! —se rieron

—Entonces perdone que lo interrumpa, —dijo don Chon, colorado y tosiendo de risa— Entonces eso fue lo que me habían contado de la asustada que le dio el Diablo a Pitón, el ñeto de don Ursulo?

—Pues sí, eh, el mismo, ¡ven qué cosas! —dijo don Chilo

—Pues amigo ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! Y sabe Ud qué es el día y todavía cuentan lo del Diablo que le aruñó todo el pescuezo al muchacho? Y que todo el que pasa por el patio para entrar el camino se persigna y reza el "San Silvestre está en la puerta y San Manuel en el sagrario"?

—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! —se rieron contentos los hombres

—Y bueno y el mal del hígado en qué paró? —preguntó don Chon

—Pues quería con un susto, don Chon —contestó don Chilo— ahora con los traguitos sin pasarme mucho y teniendo cuidado en las comidas pues ai vamos

—Cúidese don Chilo —le reconvino don Chon— y deje de andar de Diablo, que ya está viejo, don Chilo

—Que estamos, don Chon —le dijo cerrándole un ojo

—¡Ja! ¡Ja! —se rieron los hombres contentos

La noche era caliente Afuera estaba sola la calle y un perro latía en un patio

Los hombres salieron juntos, sus sombras iban adelante Al otro lado la luna iba cayendo entre las tablas de un cerco

—Adiós pues don Chon

—Adiós pues don Chilo y no se pierda de por aquí

—Cómo no —le gritó don Chilo

Don Chon encendió su pipa ¡Ah, hombre este don Chilo el mismo de hace años! —dijo sonriendo

Arrendó su caballo y se fue al trote

LOS PROMESANTES

AL llegar a un limpio del camino el viejo espantó la yegua ¡Ei, uijuy! —le gritó agachándose sobre el lomo El animal se le arrendó volándose para un lado y fue tan duro el sacudión, que por un tantito lo saca

—Ai tiene pues, para que no vuelva andar de chusco —le gritó la mujer que venía detrás

El viejo se rió echándose de espaldas sobre la albarda y espueliando otra vez la yegua salió en una barajustada hasta emparejarse con el otro compañero que iba adelante

Una nube de polvo envolvió a los hombres

El sol estaba bien caliente y el llano parecía de vidrio como reflejaba

—Apuráte niña —le gritó de largo el viejo sofrenando la yegua Entonces la mujer aligeró su caballo

Allí iban don Lupe García, el viejo Marco Gutiérrez con su mujer la Chabela Ruiz que vivían abajito de la Asunción y año con año no faltaban al Valle a pagar la promesa al Santo

Serían ya pasadito de las doce cuando fueron entrando al camino plano

En una vuelta el viejo paró la yegua y apeándose se puso a orinar tapado con la albarda.

—Un chistate te vas a sacar —le dijo la mujer

—Si es que me venía reventando —le dijo el viejo alzando la vista

Al ratito, en cuanto terminó, se montó otra vuelta y entonces se apuraron para alcanzar al otro que se había adelantado

—Vamos a llegar tarde —le dijo el compañero cuando se le acercaron

La Chabela alzó la cabeza buscando el sol

Iban los tres al paso uno junto al otro y la Chabela que tenía que ir dando rienda para no atrasarse

Lupe García montaba un alazancito, el viejo Marco su yegua nueva y la Chabela un rocillo remolón

La fiesta del Valle era buena fiesta Desde en la mañana el camino estaba alegre con la gente

Por ahí como cosa de las cuatro fueron llegando al Valle Ya estaba aquello en lo fino y se oía la gritazón de los picados

Ellos habían penetrado por un lado y ahora cogían derecho hasta la casa de madera donde vivía don Chico Narvaiz, muy amigo de ellos

Estuvieron un ratito parados antes de llegar a la

casa para dejar pasar a otros promesantes que iban de viaje a la ermita cruzando la calle.

En cuanto arriaron a la casa, salieron de adentro unos perros y detrás don Chico Narvaiz que venía regañando a los animales

—Buenas tardes don Chico —lo saludó el viejo Marco

—Mi amigo don Marco, mucho gusto de verlo por aquí —le contestó don Chico, levantando los brazos— pasen adelante —les dijo dirigiéndose a todos— pasen adelante

—Estamos adelante —dijo el viejo sonriendo y comenzó a desmontarse

—Buenas don Chico —lo saludó la Chabela que había arrimado el caballo a la orilla de la acera

—Buenas, mi hijita apéllese diay que ha de venir rendida —y le detuvo la rienda Entonces la Chabela se desmontó y el viejo se llevó la bestia a amarrarla a un poste que estaba para allasito

El otro viejo Lupe García en cuanto se desmontó se fue a darle la mano a don Chico Narvaiz

—Cómo le ha ido don Chico?

—Pues por aí, compadre, regularcito —le contestó

El viejo Marco estaba a un lado aflojándole la cincha a la yegua y en voz baja le dijo a la Chabela Vaya ayudar adentro

—Jesús! don Marco, cómo va crer eso —le dijo don Chico Narvaiz, que lo había oído— Si no ve que ella viene a pasear? Vella qué cosas!

—¡Ja! ¡Ja! —se rió el viejo Marco satisfecho

Desde afuera se divisaban las mujeres que estaban atareadas en la cocina en un solo trajín, echando tortillas, otras meneando cazuelas, otras atizando el fuego, moliendo, rayando queso, amarrando nacata-males, lavando platos, picando carne, enrollando rosquillas, tostando café todo aquello hasta que huelía

—Esto va estar de lo bueno —dijo el compadre Lupe

—Dios quiera mi amigo Dios quiera —repitió don Chico dándole al compadre unas palmaditas en el hombro Y bueno —dijo enseguida— no se me queden aí parados, munós adentro a echarnos un trago que Uds están arrimando

El compadre Lupe García y el viejo Marco se rieron y ya se fueron siguiendo al viejo don Chico que se metió tuntuneando al aposento

Don Chico sacó la botella de un cofre, se la dio a tener al compadre y se fue a sacar agua al tinajón

—Sírvese pues mi amigo —le dijo pasándole agua al compadre Lupe

—Ah! Bueno —dijo el compadre Lupe, levantando la botella para empuñársela. Tragó y luego se enjuagó. Después bebió el viejo Marco y enseguida la cogió don Chico

—Salud, pues —les dijo

—Salud —le contestó el compadre

—Que le aproveche —le agregó el viejo Marco

Don Chico se hizo a un ladito para escupir

—Para comenzar está bueno, verdad don Marco?

—Ah! Sí —afirmó el viejo cabeceando

—Ah! pues, va el otro! —les dijo

—Bah! pues! —dijeron.

Así que le dio viaje el compadre, lo siguió el viejo Marco y también don Chico Narvaiz y así estuvieron su rato hasta que bajaron la botella a menos de mitad

—Tenemos que ir a la ermita antes que nos agarre la noche —les dijo el viejo Marco, recordándoles.

—Chabelá!! —gritó a la mujer que andaba allá adentro— munós —le dijo

—Ai voy —le contestó la mujer

La casa de don Chico Narvaiz ya estaba llenándose de gente que llegaba a verlo. El viejo se fue a acompañarlos hasta la puerta

—Entonces así venimos pues —dijo don Marco.

—Lo espero —les contestó don Chico— no se vayan a tardar

—Como no —dijeron

La ermita quedaba al final de la calle, allá se divisaba entre unos caimitales

Bastante gente iba y venía. Todos llevaban sus presentes al Santo

El Santo era el Señor de Esquipulas, chiquito y negrito como un panecillo, metido entre grandes copos de madroños. A la entrada están los Mayordomos vendiendo los milagros. Allí uno escogía si lo quería de plata, de plomo o fierro. Si era una manita, una canilla, un pie, un chanchito, una casita, una carreta, un niño

Abajo en el suelo todos iban a depositar su carga que regalaban al Santo. Allí había gallinas maneadas, pollos, chompipes, piñas, pipianes grandes, calabazas sazanas, puños de frijoles, medios de maíz, botellas de miel, parejas de palomas, guacales de huevos, etc

—Está bueno esto compadré —le dijo el viejo Marco

—Mejor que el otro año —aseguró el compadre

En la ermita se estuvieron su rato hasta que ya oscureció y rezaron sus oraciones y prendieron sus candelas. Entonces hicieron viaje de vuelta a la casa de don Chico. Cuando llegaron donde don Chico ya les tenía lista la mesa que la había jalado allí afuera y estaba guindando un candil de un clavo de la puerta

Don Chico los convidó a sentarse a la mesa y llamó adentro para que fueran poniendo la cena

De donde estaban sentados comiendo veían pa-

sar a la gente que iba para el baile que había donde los Cantillanos.

No había luna y la gente iba con sus candiles. De largo se divisaba una gran claridad, y era la lámpara de gasolina que habían guindado de la ceja de la puerta de donde los Cantillanos

—No quiere nada más? —le preguntó don Chico a don Marco

Don Marco cabeceó porque en ese momentito tenía la boca llena

—Y usted? —le preguntó don Chico al compadre

Ya estamos llenos —le contestó el compadre— muchas gracias

Un chavalito se le acercó al viejo para avisarle que ya habían llegado los marimberos donde los Cantillanos. Entonces se levantaron de la mesa y se fueron alistar para ir a echar la paseadita.

Ya cuando llegaron había bastante gente. En cuanto no mas entraron los salió a topar el viejo Cantillano que se abrazó con don Chico y después les dio la mano a los otros

Al ratito les pasaron una mesita a los recién llegados y unos taburetes

Los marimberos comenzaron a darle duro a las reglas y ya habían salido sus parejas

Una muchacha trajo a la mesa una botella de guaro y otra de chibola que se la pasó a la Chabela

El baile ya estaba en lo fino y los hombres en cada recordada se metían su trago

Muchos estaban bailando pero había otros que estaban viendo no más, allí arrimados en la puerta. Al rato uno de esos que por cierto andaba una camisa rayadita, se vino para donde estaban los hombres y le pidió una pieza a la Chabela. La mujer no lo quiso despreciar. Estuvieron bailando su rato y cuando terminó la música la Chabela se vino a sentar soplándose del calor que hacía

Al ratito tocaron otra y el mismo hombre volvió a sacar a la Chabela

Ya casi todos estaban picados y comenzaron a gritar y bailar sueltos

El viejo Marco estaba matrero y no le quitaba el ojo a la Chabela

En una de esas, cuando estaban bailando, en una vuelta del suelto, muy seguro que el hombre agarró a la mujer quien sabe cómo, la seña está que allí no más se vino ella

Detrás se dejó venir el de la camisa rayada y la quiso juerciar

—Apartate diay! —le gritó el viejo, parándose

—No te metás vos, viejo culeco —le dijo el hombre dándole un volón

El viejo no esperó un tantito, sino que dejó irle un revés que ni cornada de novillo, que hizo al hombre caer patas arriba

La gente se arremolinó gritando y otros salieron en carrera

El hombrecito se paró a un lado y echando chispas por los ojos se le tiró encima al viejo de un brinco como gato, y en cuanto lo agarró le pegó los dientes en el pescuezo. El viejo Marco dio un berrido

El compadre Lupe se lo quiso quitar de encima dándole al otro en el sentido y la Chabela por detrás lo ajustaba en el lomo con una botella.

Otros que estaban a la orilla se metieron a despartarlos cuando allí no más entró el Cabo Obando aventando a la gente de un lado a otro.

El viejo le había echado zancadilla al hombre y ya lo estaba horcando. El Cabo Obando agarró al viejo de la nuca y le dejó ir un riatazo.

—¡Lo va a matar! —gritó la Chabela pegándosele de la mano al guardia. El Cabo le dio un codazo a la mujer que fue a parar a un lado.

De una oreja le chorreaba sangre al viejo Marco.

—Párese —le gritó el Cabo con el yatagán en la mano.

—Si aquí estoy —dijo el viejo Marco levantándose.

—¡Pasá! ¡Pasá! —le dijo dándole un rempujón.

—Y usted —le dijo al compadre Lupe.

—¡Y vos también! —le gritó a la Chabela con malacrianza jalándola del brazo que por nada la bota.

Los tres fueron saliendo seguidos del Cabo que los venía tratando.

La noche estaba bien oscura. El guardia los llevó al cuartel que quedaba al dar la vuelta.

Desde allá se oía la música y se veían los cohetes cuando se elevaban y los gritos de los muchachos que salían corriendo a recoger las varillas.

EL POLLO DE LOS TRES

EL Sargento se acomodó en la silla y quedó viendo al indio.

—Con que sos vos el que le roba los pollos al Padre Hilario? —le dijo.

El indio bajó la vista. El Sargento apartó la silla y se levantó.

—Este indio no sabe que es pecado robarle al Padre —dijo dirigiéndose a otro hombre que estaba allí con unos papeles en la mano. El hombre se río.

—¡No, si no es cuestión de risa —dijo el Sargento poniéndose serio. Ahora vas a ver —dijo señalando al indio— te voy a encerrar y vas a pagar cada uno de los pollos que le cogiste al Padre. El indio volvió a ver al Sargento y arrugó la frente.

—Si los pollos no me los comí yo —dijo— Quien se los comió, entonces? —le preguntó el Sargento— tal vez el zorro —dijo el indio.

El Sargento se río —¡Ja! ¡Ja! ¡El zorro! —repitió.

—El zorro sos vos. ¡Zorro cabeza negra, ah!

—Pues, si es cierto —dijo el indio.

—No me vengás con cuentos. ¿Qué acaso no te vieron a vos cargando con los pollos?

—Esos no eran del Padre.

—¿Y de quién eran los pollos, pues?

—Pues, si esos no eran los pollos —¡Eran solo las plumas!

—¿Cuáles plumas?

—Pues sí es que yo venía ai para el otro lado ¿Ve? y me hallé las plumas. ¡Ehé! —dijo— tal vez me sirven para una almohadita y las recogí, y entonces, el cura que andaba buscando, quizás sus pollos me vio, y viene y me dice —¡Eih, Ramón ya te ví! Te me estás llevando los pollos. —Qué pollos? —le digo que no ve que son plumas? —¡Ehé —me dijo entonces el padre— pero son las plumas de mis pollos! y así es Sargento.

El Sargento se salió a la puerta. Afuera estaba lloviendo.

—“Este indio no es baboso” —pensó.

El Padre Hilario estaba limpiando una lámpara de kerosine.

—Buenas tardes Padre —lo saludó el Sargento.

—Buenas tardes, hijo —le contestó el Padre.

—Ya agarré al indio Ramón, el roba pollo.

—Hay que castigarlo, Sargento. Es necesario, porque así comienzan.

Primero es un pollo y después es un caballo. Así es el pecado, chiquito al principio y después se engorda.

—Padré —dijo el Sargento— está seguro Ud que el indio se le cachó el pollo?

—¿Qué si estoy seguro? ¡Ah! ¿Qué acaso no lo vi yo? ¡vea qué cosa!

—Pero dice Ramón que no era un pollo lo que él llevaba.

—¿Qué no era el pollo? ¿y qué era, entonces?

—Pues yo no sé, como Ud, lo vio.

—Pues era mi pollo. ¡Yo lo ví!

—Bueno, lo que Ud diga, pero ai traje yo al indio para que se entienda Ud con él.

El indio entró con el sombrero en la mano.

El Sargento se quedó medio sonriendo, apoyado en una mesa que estaba pegada a la pared.

El Padre dejó a un lado la lámpara que tenía.

—Ahora te negás que te robastes los pollos? —le dijo el Padre.

—Yo no me estoy negando —dijo el indio, hablando bajo.

—¡Ya ve pues, Sargento! —exclamó el Padre.

—Es que yo le dije al Sargento —siguió el indio— de que Ud no me vio a mí con su pollo.

—¡Ahá! ¿Qué no te vi yo? Que acaso no te grite ¡Eih, Ramón, no te llevés mi pollo! y entonces saliste corriendo.

—Sí, yo salí corriendo, pero salir corriendo no es que uno se robe un pollo, porque correr no es prohibido.

—¡Ah, no! —dijo el cura. Vos te me robaste el pollo.

—No padrecito si solo eran plumas.

—¡Plumas! ¡Ladrón! y querés todavía enredarlo todo
 Dios te castigue por robarle al pobre Padre !
 El Sargento se acomodó la gorrita de G N, le puso la mano en el hombro al indio y le dijo ¡Munós!
 El Padre lo quedó viendo desde donde estaba
 —Que me pague mi pollo —gritó
 El Sargento salió con el indio
 —Ya vistes —le dijo— el cura tenía razón Te le robastes el pollo y lo vas a pagar
 El indio se quedó viendo al Sargento
 —Si no era pollo —dijo
 — Y qué era, pues? —le preguntó el Sargento
 —Tal vez araña —dijo el indio Si solo pluma era el desgraciado, si figúrese que amí me ha costado engordarlo Flaquito el animalito estaba por eso

es que le digo que no era pollo si era solo pluma! y ahora viera Sargento, ya está bien gordito

El Sargento volvió a ver al indio
 —Andá pues traele el pollo al Padre, y se lo devolvés
 —Bueno —dijo el indio— pero no me había dicho Ud que mañana que llegue a la dejada del Santo se iba a quedar a comer en mi casa? ah?
 —Ah, es mañana, verdad? —dijo el Sargento, pensando, y se quedó un ratito allí donde estaba
 —Sí es mañana, pues —le dijo el indio sonriendo— y mientras se iba ya caminando para el otro lado

Entonces el Sargento dio la vuelta y como estaba lloviendo se fue ligero

EL SULTAN

SULTAN! ¡Sultán! Amigó, me arrega ese perro? —gritó el muchacho encaramado en la puerta vieja que daba al callejón

—Fíu Fíu —lo chifló enseguida
 El perro estaba pegado a la pila del corral y placa, bebía el agua con su rosada y larga lengua, descansó un momento y levantando la cabeza se volvió para donde el muchacho

—¡Sultán! ¡Sultán! —lo volvió a llamar
 El perro le meneó la cola y enseguida se volvió a pegar al agua

Los perros bravos de la finca olieron al otro perro que estaba bebiendo en la pila y se despidieron de donde estaban echados, latiendo El Sultán los vio venir y miedoso pegó un brinco a la pila subiéndose con el rabo entre las piernas y erizo

—Brr, Brr —los gruñó
 El muchacho estaba montado en la puerta sostenido con los pies en las reglas y se empinaba para ver los perros

Uno de los furiosos animales había alcanzado a morder al Sultán y el pobre dando alaridos alzaba una pata que se lamía

—¡Rafai! Ei, Rafai! —llamó de adentro el viejo mandador

—Qué fue? —contestó otro muchacho que estaba por allá regando unos palos

—¡Tírale unas piedras a esos perros!
 —Qué? —le preguntó el muchacho que no le había oído

—¡Que apedriés esos animales! —le repitió
 Allí donde estaba el muchacho se agachó, pepenó un tuco de teja y haciéndose para atrás, les tiró la piedra que fue a rechinar contra la pila El perro dio otro alarido y los perros bravos más se acalararon

El muchacho caminó más para delante, alzó otra piedra más pesada, pero en eso vio al otro muchacho que estaba subido en la puerta

—¡Eih —le gritó, de tu casa es ese? —señalán-

dole al perro que estaba en la pila

—Si —le contestó el otro afligido

— Y para qué andás trayendo perros?

—Es que me vine corriendo un conejo

—¡Rafai! —gritó otra vez el viejo.

—Que dice —le contestó el muchacho.

—Que no te dije que callaras esos animales?

El muchacho se quedó un ratito pensando y volviendo a ver al otro le dijo:

—Andate vos para que te siga.

—Bueno —dijo el otro apeándose de un brinco de la puerta, recogió la gorrita que se le cayó al bajar, caminó para el cerco, se agachó debajo el último hilo de puás y corrió llamando al perro:

—¡Sultán! ¡Sultán!

El perrito se angustió más, solito entre los perros bravos

Cuando el muchacho vio al otro que iba encaramado, entonces se acomodó bien la piedra en la mano y se la boló con fuerza al pobre perrito que le dio en el lomo botándolo de la pila y entonces le cayeron encima los otros perros

—¡Sultán! Sultán —gritó por allá el otro muchacho, y se quedó después parado viendo a ver si divisaba al perrito

El viejo se levantó de donde estaba

—¡Bravo León! ¡Bravo León! ¡Jo! —gritó regañando a los perros que entonces dejaron al perrito

El muchacho estaba parado a la orilla riéndose con los perros que habían revolcado al perrito

El Sultán se levantó gimiendo, todo lleno de polvo y se fue arrastrando

—Y de quién es ese perro? —le preguntó el viejo a Rafai

—¡Al saber! —le contestó levantando los hombros

El viejo dio la vuelta

Enfrente quedaban unos grandes terrenos arados donde habían sembrado algodón y las largas hileras

verdes de los surcos recién nacidos se perdían a lo lejos entre uno que otro árbol

Al otro lado quedaba el camino y para salir de la casa de la finca había un callejón y allí iba el perrito lamiéndose

El muchacho se fue a seguir regando los patos y estaba escurriendo el balde cuando se volvió a ver atrás

Allí estaba el otro muchacho que traía chineando al perrito que todavía se venía quejando de los mordiscos

—¿Vos le arreastes los perros para que no lo siguieran mordiendo?

—Sí —le contestó el otro

Entonces el muchacho agradecido se casó de la bolsa un mango que andaba y se lo pasó a Rafai

—Está maduro —le dijo y acariciando al perrito dio la vuelta y ya se vino otra vez por el callejón

El otro muchacho se quedó viéndolo y lo siguió y lo siguió con la vista, entonces le dio mucha lástima, cogió el mango maduro que le había dado, lo puso encima de uno de los postes del cerco y se vino a seguir regando los patos

—Rafai! —lo llamó el viejo acercándosele adonde estaba.

—Qués —le contestó

— ¡ diay, como que andás llorando? —le preguntó —Y qué fue?

—Nada —le dijo el muchacho— cogió con una mano la oreja del balde y con la otra sostenía el fondo, mientras ladeándolo fue echando el agua sobre los palitos

EL VUELTO

NADA de embarcación?

—Nada amigo tal vez en la tarde

—No creo

—Tal vez amigo tal vez —repitió el otro

—¡Ojalá, pues! —dijo don José

El otro iba con una vara de pescar y un saquito, pero se quedó parado, malicioso, viendo a don José que iba atravesando la calle, después la acera y entraba a la pulpería que quedaba a un lado

—¡Ehs! —se dijo el otro Esperó un rato allí y después se fue al muelle a pescar

—¡Buenos días! ¡Buenos días! ¿Que no hay nadie que despache?

—¡Ai va! ¡Ai va! —gritaron de adentro

El ruido de los platos en la cocina y el olor de la manteca frita se venían hasta afuera

Una vieja salió por una puercecita del fondo La vieja alzó la vista para ver quién era Y se asustó, pero pudo disimular agarrándose el delantal con las manos

—¿Qué quería, don José? —le preguntó tembándole la voz

—Que si tiene puros

—Están solo de los chiquitos

—Bueno

La vieja se acercó a la mesa, destapó el tarro de los puros y revolviéndolos adentro con la mano, volvió la cabeza y le preguntó.

—¿Cuántos va a querer?

—A ver —dijo don José— deme cinco reales ¿a real son?

—A real —dijo la vieja, sacando los puros

—Bueno pues, deme cinco

La vieja le pasó los puros Don José los olió y le dio a la vieja un billete

—Uhhh! como que no voy a tener vuelto, don José

—¿No tiene vuelto? Pues ai me los da después

La vieja se fue para adentro a ver la cocina Don José se quedó allí como otras veces, se fijó en una muchacha que estaba barriendo y se le acercó

—Vos estás sirviendo aquí? —le dijo

—Si —le contestó la muchacha empujando la basura

—De donde sos vos? —le preguntó— de San Carlos?

—No —le contestó— de aquí nomás de Santa Cruz

—Ah! —dijo don José— y aquí vivís

—Si

—Cómo te llamás?

Carmen

—¿Y no salís?

—¿Adónde voy a ir?

—Ah! pues por ai ¿que no te gusta pasear? La muchacha lo quedó viendo dio la vuelta, sonrió y le dio un escobazo al perro que se levantó y se fue a echar bajo la mesa

—Qué te dijo ese hombre? —le preguntó la vieja a la muchacha

—Nada que si era de San Carlos

—Ah!

La vieja olió la sopa y con la cuchara sacó un poquito que echó en su mano y después la probó.

—Pasame la sal —le dijo a la muchacha

La muchacha le trajo un huacal viejo con sal —Te he dicho que no andés hablando con extraños

—Yo no ando hablando con nadie

La vieja levantó los hombros y se sentó La muchacha recogió una astilla del suelo, la metió en el fuego y después se fue al patio

Don José llegó al muelle y encendió un puro

—Idiay don José —lo saludó el otro que estaba pescando

— Idiay —le contestó don José— ha cogido algo?

—Ni uno

—Mal día —dijo don José

—Malo para unos bueno para otros —le dijo sonriendo el otro

Don José se puso a caminar por el muelle

El otro sacó la cuerda del agua, le puso otra carnada al anzuelo y enseguida lo tiró más largo

—Va llover! —dijo Después amarró la punta de la cuerda a un poste del muelle y se vino a platicar con don José

—¡Carmen! ¡Carmen! —gritó la vieja

—Ai voy! —le contestó la muchacha y se vino para donde ella

—Onde estabas?

—Afuera, sacando unos trapos.

—El lunes que venga Clemente te vas ir con él —le dijo

La muchacha hizo un gesto de tristeza con la boca

—El lunes —repitió

—Sí hija

La vieja se sentó en el taburete y la muchacha se le acercó a un lado y la quedó viendo

Don José oyó al otro con la boca abierta, botó al agua el puro que estaba fumando y pálido le preguntó

— Y quién te dijo?

—Jesús! y eso quién no lo sabe? Es que Ud no había vuelto por aquí, don José, tanto tiempo de vir en la Barra. y claro, no sabe nada Ah, pero yo desde que lo vi llegar a la pulpería me supuse !

La muchacha no dijo nada La vieja terminó de hablar y se levantó a menear la sopa

—Hay cosas en la vida, hija que . .

La muchacha interrumpió.

— Y no sabe nada mi papa Clemente

—Si sabe hija y quién no lo sabe?

Y mi mama nunca me dijo nada —y repitió— nunca me dijo nada.

El otro vino a ver la cuerda que estaba picando El río estaba manso, un nubarrón se iba levantando y se veía un poco nublado

Don José le puso la mano en el hombro y el otro se endezeó turbado.

— Y qué se hizo la Luisa?

El otro lo quedó viendo y tartamudeó

— La la la Luisa? i diay, se murió!

—¡Se murió! —exclamó don José, apretándose el labio de abajo con los dientes

— Y el viejo Clemente se hizo cargo de la muchacha —dijo el otro, sacando un poquito la cuerda del agua

— Y ella sabe todo?

—Yo no sé, don José quién sabe

— Y la vieja?

—La vieja, sí ¿Si no era pariente de la difunta?

El viejo Clemente la ha criado como su hija dél y, cómo la quiere! y siempre viene a verla

Don José bajó la cabeza y suspiró

—Lo qué es la sangre! —dijo el otro

La vieja se vino para la puerta, se asomó y vio venir a don José que venía subiendo la acera

La vieja volvió a ver adentro nerviosa, tosió y cuando don José ya estaba cerca, la vieja se adelantó a donde él

—Aquí tiene el vuelto, don José —le dijo

El hombre cogió el dinero y se lo metió en la bolsa

—Este esté —tartamudeó la vieja— yo quisiera hablarle don José si Ud me lo permite

—Si, ya sé ya sé —le dijo don José, mientras con la mirada buscaba adentro de la casa hasta que vio a la muchacha que estaba allá de espaldas Entonces dio la vuelta volvió a cruzar la calle, bajó por un paredón de piedra y se acercó a coger su bote que tenía allí

La muchacha titubeó y se vino para afuera

Unas gotas comenzaron a caer con ruido sobre el río y se sentía ya el aire de lluvia

Don José se empujó de la orilla y cogió la corriente río abajo.

La muchacha tenía los ojos llenos de lágrimas

Don José pasó en el bote junto al otro que estaba pescando

—Adiós, pues! —le dijo

—Adiós! —le dijo el otro.

EL HOMBRE DEL SOMBREROTE

HABIA amanecido sin lluvia, pero el tiempo estaba puesto y seguía nublado Nadie había en la calle, sólo un perro que olfateaba las puertas y algunas gallinas que rascaban las basuras que dejan las corrientes

El muchacho se había sentado en las graditas de la acera y se arrecostó a la baranda Bostezó y estiró los brazos con lentitud Con los pies empezó a jugar distraído, remolieando el talón sobre la tierra y restregando los canutos de la grama que empieza a brotar Pensaba en nada Se rascó con la mano

una oreja y allí se quedó mirando el río y el viejo muelle. Al rato se levantó y se acercó a la orilla del río, cogió una piedra y la tiró largo. cuando en eso vio venir un bote con un hombre que traía puesto un sombrero y venía remando ligero,

—¡Eih! —le gritó el hombre— no es prohibido arrimarse aquí?

—¡NO! —le contestó el muchacho y se le acercó. El hombre no traía nada dentro del bote y el muchacho le quedó viendo los pies blancos y arrugados de frío.

—Y de dónde se la trae? —le preguntó el muchacho.

—¡De por ai! —le respondió el hombre.

—De los guásimos?

—No. De más arriba de Quebrada Vieja.

—Y qué anda haciendo por aquí?

—Ando buscando al Comandante —le informó el hombre muy serio.

—Yo soy hijo de él —le explicó el muchacho— él es mi papá —le agregó.

—Ajá —dijo el hombre sin darle mucha importancia. Se apartó a un lado y amarró el bote en un poste de la orilla, se limpió las manos sobre el pantalón y volvió donde el muchacho.

—Y dónde está tu papá? —le preguntó.

—Está dormido todavía —le dijo el muchacho.

—Andá despertalo, pues.

—No le gusta que lo despierten.

—Es que es urgente —le explicó el hombre.

El muchacho lo quedó viendo pensativo y se volvió a fijar en los pies arrugados del hombre.

—Lo vas a ir a llamar? —le dijo el hombre.

—Bueno pues —dijo el muchacho, resolviéndose.

El viejo Comandante ya se había levantado y estaba en el lavamanos rasurándose.

—Ahí lo buscan —le dijo el muchacho.

—¿Quién es? —le preguntó el viejo— ¡Tan de mañana comienzan a fregar! y por qué no le dijiste que estaba acostado?

—Es que dice que es urgente.

Ah, bueno pues. Que me espere un ratito, que ya voy —le dijo el viejo, y siguió rasurándose.

—Buenos días —dijo el hombre, entrando.

El Comandante se ladeó un poquito para verlo por el espejo.

—Buenos días —le contestó y siguió rasurándose.

El hombre se quedó parado donde estaba y el viejo se agachó sobre la pana de agua para quitarse el jabonillo, después se inclinó a un lado a coger la toalla.

—¿Qué se le ofrecía? —le preguntó mientras se secaba.

—Pues, es que aquí vengo a entregarme —le dijo el hombre.

—¡A entregarse! —exclamó el viejo sorprendido. Cogió la pana y se vino a botar el agua a fuera. El hombre lo siguió con la mirada.

—Es que anoche maté a uno —le explicó.

—El viejo puso la pana a un lado.

—Anoche qué? —le preguntó pasándose la mano por la barba.

—Anoche maté a uno —repitió el hombre.

—Ajá —dijo el viejo sin saber que hacer— y adónde fue eso?

—En Quebrada Vieja.

—Quebrada Vieja queda después del Grillo? —le preguntó el Comandante con naturalidad, y como recordando el lugar, siguió.

—¿No es de ahí de donde son los Ramírez?

—Sí —dijo el hombre— Alcibiades y Fermín Ramírez.

—Y el viejo don Lolo, deme razón?

—Pues, ahí está don Lolo —dijo el hombre tranquilo.

—¡Ah, don Lolo, buen amigo mío, sabe? —dijo el Comandante y se quedó un rato pensativo. y Ud cómo se llama? —le preguntó.

—Manuel Boza —le contestó.

—Entonces siéntese aquí —y le señaló una silla. El viejo dio la vuelta y se dirigió a la cocina.

—Ya va a estar eso? —preguntó.

—Dentro de un ratito —le dijo la cocinera— sólo faltan que estén los plátanos.

—Y qué no hay tortillas?

—No —dijo la cocinera— no echaron donde las Menas.

—¡Vaya pues! —exclamó el viejo y regresándose donde la cocinera, le dijo — Ve, freite unos dos huevos más para un hombre que está ahí.

—Si señor —le respondió la mujer.

Después de un rato pusieron la mesa. El viejo Comandante llamó al hombre a comer. El hombre se sentó a un lado callado y se sirvió un pocillo de café. El viejo le pasó los huevos y el hombre ladeando el plato se sirvió, después cogió sal y la desparramó encima de los huevos y con la punta del plátano destripó las yemas y se fue comiendo los huevos, chupando trocito por trocito de bastimento.

—Y por qué hizo eso? —le preguntó el Comandante.

El hombre no contestó. El viejo le pasó más bastimento. El hombre lo miró y siguió comiendo.

—Y por qué no cogió mejor para Costa Rica?

—Allá también debo otra.

—Entonces para la Barra, pues.

—También me buscan los de la Aduana.

Y por qué escogió este lugar?

—No se —dijo el hombre— y se acomodó en el asiento.

El viejo se levantó a traer agua de la tinaja.

—Quiere agua? —le preguntó.

—No —dijo el hombre— gracias.

—Ve —llamó el viejo al muchacho— andá buscame a Alfonso. Decile que venga, que lo necesito. El muchacho salió por la otra puerta.

Alfonso estaba acostado en una hamaca con una toalla enrollada en el cuello y tosía mucho.

—Decile que estoy enfermo —le dijo al muchacho— que me estoy ahogando del catarro y que no puedo llegar.

El muchacho se volvió a dar la razón
En el camino se entretuvo recogiendo caracoles
verdes que se esconden entre las matitas que cubren
los charcos. En el hueco de su mano recogía varios
y después los botaba. Había unos caracoles que es-
taban blandos y el muchacho los reventaba y se reía
con el ruido que hacían entre sus dedos.

El sol apenas salía en parches de luz entre la ar-
boleda húmeda y se oía muy claro el ruido del raudal
en el silencio del puerto.

En la cantina de Los Goyos estaba el guardia to-
davía caído de la gran picada de la noche anterior,
estaba dormido sin zapatos y con la camisa enlodada.
Una vieja que estaba barriendo la acera lo quedó
viendo y cabeceó, y después siguió barriendo. El
puerto dormía y algunos zanates chillaban en un palo
de mango que quedaba cerca de la casa.

El muchacho empezó a apedrear los zanates y
allí se quedó un rato.

Después se acordó del mandado y se aligeró.
Cuando llegó a la acera de la casa se detuvo viendo
al río que estaba lleno de neblina y en un medio claro
que quedaba divisó un bote que iba largo con un hom-
bre que llevaba un sombrero.

El muchacho entró en carrera a la casa.
Sentado en un butaco estaba el viejo Comandan-
te leyendo un periódico.

—¿Y el hombre del sombrero? —le pregun-
tó el muchacho asustado.

—¡El hombre de qué! —exclamó el viejo,
dejando de leer y viendo al muchacho por encima de
los anteojos. —¿Cuál hombre? —gritó.

El muchacho dio un paso atrás sorprendido.

—¿Es que ya volvistes, con tus ocurrencias?

¡Ah! —exclamó el viejo levantándose del butaco.

—Andá comé —le ordenó el viejo—, hace rato
que pusieron el café y vos que quién sabe para dónde
cogés.

El muchacho entró en la otra pieza, parpadeó y
de un salto se encaramó en la ventana.

Allá largo se divisaba apenas entre la neblina
un bote que iba.

Se sentía venir un aire de lluvia. El muchacho
se sentó en la mesa y deteniéndose la cara con las
manos se quedó divisando el río y oyendo las gotas
que empezaban a caer sobre el techo de zinc.

SOLO ESO

EL ruido del motor se oía más cerca, más bien
salía el ruido del lado de la montaña con el eco.

A ratos, como que el viento lo apaga y entonces
se oye más lejos otra vez —y así está hasta que uno
divisa al fin aparecer el remolcador y las lanchas pla-
nas sobre el río.

El poco de garzas salen aleteando y se van vo-
lando lentamente, mientras un oleaje queda meciendo
los gamalotes de la orilla.

La tarde era la misma —unos grandes genízaros
y los altos cedros al otro lado.

Los pasajeros están parados en el muelle y se
quedan mirando la larga calle del puerto.

Yo estoy sentado aquí en la puerta esperando la
hora de cenar.

Con este cigarrillo ya me he fumado cuatro.

Solo faltaba que empezara a llover otra vez ahora.

La semana pasada tuvimos vendaval de lunes a
sábado —y han seguido los días nublados.

Me gusta el invierno, siempre me ha gustado.

Estamos en luna nueva.

La luna entre los nubarrones sale apenas.

Don Concho el maquinista de la Aduana me de-
cía ayer que va a seguir el temporal.

—Fíjese en la luna, amigo —me decía.

Me acuerdo de Don Concho.

Me acuerdo de la Rosa y de doña Elisa y del
Maitro Luis y de doña Juliana siempre en la cocina y
con su bata negra por el duelo de una gata.

Me acuerdo de don Alfonso Gómez H., el Secre-
tario —¡Mi amigo don Alfonso!

Y de los Cascanes y de los Herreras y de los Bal-
binos —y de la sombra del Comandante, cuando en
la noche se salía a colgar la lamparita en el alero de la
puerta, y la sombra se estiraba sobre la calle y llegaba
hasta el río, hasta el agua.

Don Concho el maquinista de la Aduana vive con
doña Paula.

Doña Paula es fea, pero tiene la gracia de reír
con ganas.

Ayer me preguntaba si yo creía en los muertos,
en los muertos que salen.

—Salen para dónde? —le pregunté— Es que
ya se van los muertos? —Y quién va a quedar, en-
tonces?

Y ella se rió con ganas.

—Ud es de los que no creen —me dijo.

—No —le dije— todo lo contrario.

Y ella se rió con ganas.

—Ud sabe —me dijo seria— lo que le sucedió
a los Báez el otro día?

—Ajá!

—Pues —le voy a contar.

Se sentó en la banca, y yo me senté a la orilla.

—Pues el otro día que tenía que salir para San
Carlos don Lolo, le dijo a doña Carmela "Me levantas
en la madrugada, hijá, para salir temprano", le dijo.

Pues él se acostó a dormir y cuando ya creyó que
era de madrugada, se empezó a desperezar, en eso
sintió ruido en la cocina y pensó que era doña Carmela
que estaba prendiendo el fuego para alistarle el café y
no hizo caso, pero al rato una voz —una voz baja y
ronca a su orilla, que le dijo

—“¡Lolo! ¡Lolo!”
 —¡Esh! —dijo él y se enderezó un poco, espío
 y al rato la voz otra vez
 —“¡Lolo! ¡Lolo!”
 Brincó de la tijera y buscó algo, un palo que fue
 lo primero que halló y otra vez la voz
 —¡Lolo! ¡Lolo! ¡Casate!
 —Vea —me dijo doña Paula, poniendo la cara
 seria Solo doña Carmela dormía en la otra pieza, y
 don Lolo piensa que era la voz del difunto Ramón, su
 Tata déi, que era muy católico y ha de estar pen-
 sando quién sabe —agregó pensativa
 —Quién sabe! —repetí yo
 —¡Ajá! ¡Qué me dice pues! ¡Ay tiene una
 prueba!
 —¡Quién sabe! —le repetí
 La vieja se levantó un momento
 —Me voy a fumar otro cigarrillo —le dije
 Saqué el cigarrillo y lo encendí, tiré una bocana-
 da de humo y le pregunté
 — y don Lolo se casó, al fin?
 —Y con qué cura?
 — Pero en San Carlos
 —¡Ah ! —pensó un rato y volvió— pero
 qué será que la gente se casa y entonces comienzan
 las dificultades?
 —Tal vez a Dios no le gustan los casados
 —¡Cállese! ¡Qué cosas!
 — ¡ díay Tal vez . !
 —Vea, por ejemplo, el hondureño que vive en
 El Grillo es casado y la mujer yo lo sé, le reza a
 Santa Brígida para que se muera, porque el hombre
 es un demonio, palo y palo eso es lo que le da
 — Y Ud doña Paula No es Ud casada?
 —Pues, para decirle verdad, medio casada y me-
 dio soltera A mí me echó la bendición mi madre
 cuando se moría y como Concho es muy fino, para
 que le voy a mentir yo no me quejo
 —Doña Paula —le dije cambiando de conversa-
 ción— Ud es de aquí de El Castillo?
 La vieja se volvió a sentar
 —Le voy a contar —me dijo
 —Yo no soy propiamente Castilleña Vine hace
 años a los cortes de madera de Mr Laines con mi tío

y mi madre Murieron los viejos y yo me hallé a
 Concho y nos juntamos La vida, si me pregunta
 es todo eso Yo estoy conforme y quisiera algo
 más, pero no se puede ay vamos Concho, para
 que le voy a decir, él cree que eso es todo, pero uno se
 aflige a veces, verdad? Yo quisiera irme al interior,
 pero quien sabe Ai el otro día fuimos a la Barra
 y las mismas cosas, y qué dije yo, nada de esto cam-
 bia, parece que cambia, pero siempre nos vamos y des-
 pués venimos La verdad que hasta que uno está en
 su casa, en su tierra, hasta entonces uno es de ver-
 dad yo no sé, pero Ud me entiende, verdad?

—Me voy a fumar otro cigarrillo —le dije
 Y ella se rió con ganas
 Se levantó para ir a la puerta, divisó un rato la
 calle y volvió

— Y usted? —me preguntó
 — y yo? —me repetí yo
 Lancé una bocanada de humo, estiré los pies y
 me miré la punta de los zapatos, toqué un zapato con
 el otro moviendo los pies, nervioso

—Volví a verme como cuando se inclina uno
 sobre el río cogiendo con las manos agua para beber
 y hubiera sentido de nuevo chorrearle el agua que
 se escapa de las manos sobre el pecho, remojarme la
 camisa y oír después a mi padre

—Venís todo empapado un catarro andás
 buscando

—¡Pasame los fósforos!
 —¡Llévate esa silla para adentro!
 —¡Anda traeme el reloj!
 —¡Ve a ver si trajeron carta!
 —¡Cambiate esa camisa!
 —¡Comprame una mecha para la lámpara!
 —¡No te andés metiendo en los charcos!
 —¡No vengas tarde a comer que se enfría la sopa!
 —¡Sé serio, Fernando sé serio! Que ya estás
 grande

Y el río culebreaba entre mis manos, y la lluvia
 me rozaba la espalda y me daba escalofríos, y el puer-
 to solo, largo, con el cielo nublado siempre, y yo chi-
 flando al perro y corriendo a esconderme detrás de
 unos barriles, mientras el perro lloraba buscándome y
 moviendo la cola y la cabeza

PUERTO TRISTE

ACABABA de llover y el sol salía apenitas El
 puerto dormía todavía y unos guises amarillos revolote-
 aban y chillaban sobre el muelle
 —Buenos días, don Chico! —saludó el viejo Ju-
 lián que venía en la calle
 —Buenos días, maitro! —le contestó don Chico
 desde la puerta

El viejo Julián se paró donde estaba y quitándose
 la gorra de la cabeza se acercó
 — Y al fin le vino la medicina para los ner-
 vios, que me ofreció? —le preguntó

—La estoy esperando, maitro Tal vez en esta
 semana y cómo ha seguido?

—Pues viera que fregado, amigo
 —¡Ajá!
 —Pues mucho me aflijo siempre; y lo peor es el
 desvelo

— Y por qué no bebe la tizana de almendras?
 Se machacan y se les agrega miel.

—Así me dijeron, pero me pone muy estítico
 — Y lo peor es que toda la noche paso oyendo
 un grillero —le explicó el viejo Julián

—Tiene razón amigo, eso de no dormir es fre-
 gado Yo estuvo así cuando la guerra con Honduras

Eramos como veinte que habíamos perdido el rumbo en la pura montaña, el zancudero, el miedo ¡con hambre!

El viejo Julián no le estaba oyendo nada, tenía la mirada como perdida. Se puso otra vez la gorra y levantándose el pantalón por la hebilla de la faja, dijo algo, tosió y siguió su camino por la calle.

Don Chico cabeceó y dijo en voz baja: ¡Está fregado este hombre! Lo siguió un buen rato con la mirada y después entró en la casa encogiéndose los hombros.

—¡Petrona! ¡Petrona! —llamó a la mujer que le cocinaba.

—¡Qué! —le contestó saliendo de la cocina.

—Ya has visto vos al maitro Julián?

La mujer puso en la mesa un plato que tenía en la mano.

—Ya me habían dicho que como que no iba bien de la cabeza, el pobre.

—Pues ahorita acabo de hablar con él y se ve como ido.

—Déjeme estar, yo me voy a fijar.

Don Chico se agachó a recoger algo. La Petrona salió por el patio a traer agua. Una gallina se voló de un palo cacareando. De la loma alguien gritaba. Como era lunes empezaban a venir los botes de Pocosal, de Santa Cruz y otros botes que salían temprano a pescar.

El viejo Julián había echado ya el mecate en el bote y se fijó en la proa carcomida donde se veía un pedazo de lata que él mismo había remendado. Le pasó la mano a la lata y le dobló una orilla, después empujó con fuerza el bote que estaba bien varado en el lodo y se encaramó en seguida cogido de la regala y se sentó en el banco. Metió el canalete, viró un poco y se fue orillado. Pasó por el Genízaro, por los Soroncontiles, por El Vuelton; iba pasando por fuera de los zacatales que después quedan meciéndose con el oleaje que deja el bote.

—¡No, —dijo hablando solo— mejor me vuelvo!

—¡No, —dijo— mejor sigo! ¡Sí, —dijo— mejor sigo! ¡Sí! —dijo otra vez y siguió en el bote canaleteando.

—Vieras que he estado pensando en el maitro —le dijo don Chico a la Petrona.

La mujer lo quedó viendo.

—Y por dónde cogió? —le preguntó.

—No se —dijo don Chico— Lo vi irse en el bote, pensé que iría a sus siembros ¡no vaya a ser que le pase algo! Ese hombre no está bien de aquí —agregó, señalándose la cabeza con el dedo.

—Todavía no se le echa de ver ¿verdad?

—Pues, quién sabe!

—Y cómo se sabe cuando uno está así? —Le preguntó la Petrona.

—Pues porque se pone uno esté como ido.

—¡Aha! y no será que está afligido, el maitro?

—Afligido por qué?

—Pues yo qué voy a saber.

—¡Ah, bueno! —dijo don Chico tranquilizándose.

—Don Chico cree que el maitro anda ido —dijo la Petrona.

—Cuál maitro? —le preguntó uno que estaba echado sobre el mostrador.

—Vos sos de largo? —le preguntó la Petrona.

—¡Seh! —contestó el hombre, secamente.

—Y entonces para qué querés saber si no conocés a la gente?

—Ve que babosa ésta!!! —dijo el hombre enderezándose.

La Petrona dejó la canasta en una silla y se fue para adentro.

—Ya van a estar los chicharrones, Monje? —le preguntó al hombre que meneaba con una pala el caldero.

—Ya va que quiere —le contestó.

—Y estaba gordo?

—Pura espuma el orejudo, espuma y pelo —dijo el viejo Carmen desde un rincón donde estaba sentado esperando— Ya le he dicho yo —agregó— que a un chanchito no se engorda con mangos.

—¡Ja! ¡Ja! —se rió la Petrona— mangos, dice Ud ni siquiera eso ¡a puras cáscaras, será!

—Y bien que se van hartar los chicharrones —dijo Monje, sin molestarse.

—Por hacerte el favor —dijo don Carmen.

—Y Ud don Carmen, todavía se come sus chicharrones? —le preguntó Monje al viejo, con malicia y volviendo a ver a la Petrona.

—Pues, sí! —afirmó— Te extrañas vos, muchachó y don Chico? ¡Me vas a decir que ayuna! —y en seguida tocó con el codo a Monje para que volviera a ver a la Petrona.

La Petrona se puso seria.

—¡Ehé! —dijo el viejo— no le gustó, pues ¡ja! ¡ja! —se rieron los dos.

La Petrona dio la vuelta y volvió al mostrador.

—Cómo es la cosa del maitro? —le preguntó la Monjarrez, que estaba despachando unos frijoles.

—Pues a mí me dijo don Chico —comenzó a contarle la Petrona— “No he has fijado Petrona que el maitro está fregado?” “¡Ajá! —le dije yo” “Pues anda ido —me dijo él” “Es cierto —le dije yo” “Porque yo también lo he visto bastante extraño ¿verdad?”

—¡Ajá! —comentó la Monjarrez— pero debieran de cuidarlo, entonces.

—Eso digo yo —dijo la Petrona.

—Lo que es el tal Payín, solo anda en sus enredos.

—Y es verdad que como que dicen que le anda roncero a la tica?

—Dicen que no sale de allí.

—Y qué dirá el hombre? —le preguntó la Petrona.

—Quién? Marcos? ¡Pobre! Que no sabés que es sordo? —le explicó la Monjarrez.

—¡Ah, pero ve! —observó la Petrona.

—Ve, pero no oye y qué va saber lo que hablan?

—¡Ajá! —dijo la Petrona.

—Decime si vas a llegar, pues —le dijo Payín.

—Y a qué voy a llegar?

—Pues para que platiquemos.

—Qué vamos a platicar? Que aquí no estamos platicando, pues?

—No Aquí no tiene gracia Qué no ves que. ?

— ? —la mujer lo quedó viendo

—Que siempre hay alguno cerca, mejor solos —dijo Payín pasándose la mano por la nuca

—Solos no ¡Quién aguanta a la gente! —dijo la mujer

¡Qué vale ! —la rogó— ¡no seas dunda!

—¡Eh vaya pues! —dijo la mujer y cabeceó echándose el pelo para atrás

A las cinco cerró la oficina don Chico

—¡Petrona! —gritó— no has visto el clavo de la puerta?

—Ahí ha de estar encima de la mesa —le contestó

—¡ Y por qué lo quitan de aquí! —dijo

—¡Yo qué voy a saber! —le contestó.

Don Chico se vino a traer el clavo y volvió en seguida a asegurar la puerta Después se trajo arrastrado un viejo butaco que lo llevó hasta la acera Miró un rato el río y en seguida se sentó

—A este lado —pensó don Chico— se ve que está llenando, yo digo por lo hundido que se ven los postes de la cocina de donde las Herrera Si este invierno es como el que pasó cuando lleguemos a Julio va estar lleno abajo Otra dificultad va ser el arreglado del puente Esta vez es necesario ponerle unos rieles, con cuatro que se pongan de travesaños y luego unos tablones ¡Vamos a ver! Lo menos con unos ocho tablones Con tiempo tal vez pudiéramos arreglarlo, pero es muy fregada esta gente Si por lo menos se arreglara la cabeza del puente ¡Ah! pero no tardan en comenzar a hablar por la boleta de Vialidad y si lo hacemos a las buenas cuántos días de trabajo me dan? Si lograra poner cinco hombres, en cuatro días está, pero dónde consigo cinco hombres de una vez?

Grillón va a decir que tiene reumatismo Beltrán tiene tres hijos ¡ah! pero tiene que ir a alzar unos frijoles

Olivas que está con calentura Andrés. y para qué sirve ese? En fin y la gente diciendo "¡Ve, este viejo, ni de eso se ocupa! Qué espera para arreglar el puente? Nos vamos a llenar y a él que le importa"

—¡Ehé! —exclamó levantándose— ya andan papalotes

—Ahora sólo falta que se nos venga el vendaval, —y cogiendo con los dedos un hormigón con alitas que estaba encima de la baranda se volvió a sentar a seguir pensando

La María Chú, doña Etanislada, el Piche, la Paz Ortega, doña Justa y otras como la Emérita Pérez y la Nila Vega que estaban haciendo sus compras en el Comisariato de Avilés, hablaron solo del asunto del maitro Julián Dijeron que tal vez eran los espíritus o si no, algún hechizo

—Tanta gente mala que hay ahora —dijo doña Etanislada

—Pobre doña Hilaria —dijo la Nila Vega

—Tal vez es que está enfermo nada más —dijo la María Chú

—Las calenturas están dando duro —dijo la Emérita Pérez

—Quién sabe —dijo otra, pensativa

—La verdad es que está fregado —dijo la Paz Ortega recogiendo sus compras y saliendo a un lado de la puerta

Ya era jueves y desde lunes que nadie sabía nada del maitro Julián

—No has tenido noticias, Eliás? —le preguntó don Chico al hombre que vivía en la otra casa y que estaba en la puerta

—¡Nada! —le contestó Eliás, distraído con un candado que estaba aceitando

—Qué se habrá hecho este hombre? —dijo don Chico

—No será bueno que lo busquen? —le preguntó Eliás

— Y adónde? Si Marcelino Vargas, que tiene sus siembras juntos a los del maitro me dijo ayer que él lo llegó a buscar al rancho y las puertas están cerradas y a nadie vio adentro

—Y no han preguntado tampoco al Campamento?

—Casualmente esta mañana le pregunté a Barrillas que vino a hacer unas compras y me dijo que nadie lo ha visto

—¡Pues quién sabe! comentó Eliás

—Que si está don Chico?

— Y para qué lo quería?

—Pues para algo

La Petrona se fue para adentro

—Voy a ver si está —le dijo

—¡Qué mujer más metida! —comentó en voz baja doña Hilaria

—“Decile que ai voy” —se oyó de adentro la voz de don Chico

La Petrona salió enseguida

—Que si lo quiere esperar un ratito —le dijo

Doña Hilaria no le contestó La Petrona se fue para adentro.

—¡ Y diay doña Hilaria! —la saludó don Chico

Buenos días don Chico, ai me va a perdonar que lo moleste

—Siéntese aquí —le señaló don Chico un taburete

—Pues vengo a decirle, don Chico —comenzó doña Hilaria Pero en eso salió la Petrona y doña Hilaria se calló La Petrona pasó a la orilla y salió por la otra puerta Pues vengo a decirle don Chico —siguió doña Hilaria La Petrona volvió a entrar, entonces doña Hilaria bajó la voz y siguió hablando casi en secreto

La Petrona se quedó disimulando, haciendo como que apartaba una silla, pero no oía nada Entonces dejó la silla y se fue para la cocina

—“Bueno pues doña Hilaria” —oyó la Petrona que le decía don Chico.

—Adiós pues, don Chico , y ai me va perdonar

—Pierda cuidado, doña Hilaria —le dijo don

Chico

—¡Monjarréz! ¡Eih! ¡Monjarréz!

—¡Qués aquí estoy!

—Oyime, vos acaba de llegar doña Hilaria a hablar con don Chico —le contó la Petrona, deteniéndose a respirar

—¡Ajá! —dijo la Monjarréz, interesada Y que le dijo?

—¡Si no pude oír nada, niñá! —le explicó la Petrona

— Y que sería?

—¡Al saber!

—Ha de haber sido algo del maitro Julián —aseguró la Monjarréz

—A lo mejor —dijo la Petrona

—¡Caramba! —se lamentó la Monjarréz Ahora vos con modito sacale algo a don Chico —le recomendó

—¡Andá, vos, cuándo me va decir nada don Chico!

—¡Tanteá! ¡Tanteá! —le aconsejó la Monjarréz

Toda esa tarde la pasó don Chico en la casa de doña Hilaria Cuando salió, lo vino a despedir doña Hilaria contenta hasta la puerta y don Chico se vino con Payín hasta el muelle Cuando llegaron estuvieron hablando un rato Payín cogió sus cosas, las echó en el bote y se fue

Don Chico volvió a la casa entró y se fue a beber agua

—¡Petrona Petrona! —llamó dos veces— dónde me pusiste el bicarbonato?

La Petrona no estaba en la casa Don Chico buscó el bicarbonato y como no halló nada, se bebió un trago de agua y el resto lo botó sobre unas frutas de babano que tenía madurando cerca del tinajón

Al día siguiente volvieron al Puerto el maitro Julián y Payín El maitro se fue para la casa y Payín se quedó platicando con la tica, parado en la acera y arrimado a la ventana Adentro estaba la tica bariendo Payín se estuvo un rato sin hablarle

— Y cómo está tu papa? —le preguntó la mujer

—Está bien —le contestó

—Ya volvió?

—Sí

—Y dónde estaba?

—En Sábalo

—¡Ah! —dijo la mujer

—Y por qué me preguntás?

—Por nada —le dijo la tica, levantó un palito del suelo y se fue para adentro.

El maitro Julián pasó en su casa todo el día, hasta en la tardecita que se salió a sentarse afuera

— Y diay, maitró, y onde se había perdido? —lo saludó el viejo Carmen

—Por ai, en el monte —le contestó el maitro con naturalidad

—Y no encontró pavones?

—Pues no, don Carmen Me dijeron que no han bajado, solo vi muchas pavas, pero muy ariscas

—¡Ajá! —cabeceó don Carmen— Yo quiero

esperar unos días para aprovechar una pólvora que me trajeron de los Chiles

—Está bien —le dijo el maitro Julián

—¡ Ai nos vemos, pues! —se despidió don Carmen

—Bueno, don Carmen —le contestó el maitro Julián

Como era ya sábado y se abrían las cantinas, toda la gente venía a pararse a la orilla, a ver, y como también venían botes, la gente iba también a ver lo que traían los botes

En todas partes y todo el día sólo se habló del maitro Julián El maitro estaba en su casa desde el viernes y se había puesto a arreglar una atarraya

Doña Hilaria salió tranquila con una batea de ropa a golpear al río, y allí estuvo lavando y tendiendo

Todos los pasos del maitro Julián eran conocidos por todos, cada gesto se transmitía de persona a persona "Se está cabeceando de sueño" "Está comiendo" "Anda en el excusado" "Está cogiendo sardinas" "Le está echando de comer a las gallinas" "Está clavando la puerta del chiquero", etc

—¡Nunca un hombre se ha hecho tan famoso! —comentaba don Chico riéndose

—¡Cómo es la gente, amigo! —agregaba don Carmen

—¡Caramba parece mentira! —agregaba don Chico

Don Carmen se ladeó un poco en la banca y agachándose, le dijo a don Chico —Amigó y dígame con confianza, qué es lo que pasó? No es que yo sea curioso verdad? —Don Chico se rió en sus adentros

—De ser Comandante —siguió don Chico— ya llevo quince años

—Sí —afirmó don Carmen

—¡Ajá —dijo don Carmen impaciente

—Pues lo que pasó, que Ud me preguntaba ahorita, fue lo siguiente el maitro tenía una deuda de doscientos pesos y había dado como prenda El Piedrón, la finca dél y como se cumplía el plazo, el hombre estaba afligido jeso es todo!

—¡Ajá! —dijo muy serio don Carmen— Esta- ga afligido, pues

— Y que no lo estoy diciendo? Don Chico hizo una pausa y siguió Entonces, doña Hilaria me suplicó que si yo le suplía los reales y entonces ! —don Chico sintió que la Petrona se le había acercado por detrás El viejo se voltió de pronto ¡Carajo! —le gritó— ¡Cuándo vas a dejar de fiscalizarme!

—¡Qués! —gritó la Petrona— Si yo venía entiendo solo para preguntarle qué horas son

—¡Qué hora es! —la corrigió don Chico

La Petrona dio la vuelta, entró precisada a la cocina, le metió un palo al fuego y salió corriendo por el patio

—¡Monjarréz! ¡Eih! ¡Monjarréz!

—¡Qués aquí estoy! —le contestó la vecina

—Te voy a contar! —le dijo y le contó todo

El domingo amaneció el Puerto triston y nublado La larga calle humedecida y los techos de zinc manchados de sarro Del alto de las Galeano salía un

humo espeso que se desbarataba lentamente con el aire

Parecía que iba a seguir lloviendo, pero el sol salió al rato y toda la mañana hubo sol y una silampita nada más al medio día

Nadie se volvió a acordar del maitro Julián

Temprano en la tarde ya andaban en la calle algunos picados y en la noche, desde temprano donde la Mondragón empezó la bailadera

Se oía de largo la victrola sonando y la gente que salía hablando y riendo a la calle

Ya noche, don Chico quitó la lámpara de la puerta, metió el butaco y se fue a acostar. Estuvo dándose vueltas un rato y después se durmió.

Al otro día, temprano todavía, la Petrona no esperó a que don Chico abriera, sino que entró donde

estaba acostado y tocándole el brazo, lo sacudió

—¡Don Chico! ¡Don Chico! —lo llamó— figúrese que anoche se fue la Tica con Payín ¡no va crer!

Don Chico se enderezó lentamente, se puso el pantalón y los zapatos, abrió la puerta y se vino a asomar afuera

—“¡Monjarréz! ¡Eih! ¡Morjarréz!” —oyó don Chico gritar a la Petrona desde el patio

—“¡Qués aquí estoy!” —le contestó la vecina

Don Chico se arrimó a la baranda riéndose

Una gallina se voló de un palo cacareando De la loma alguien gritaba Como era lunes, empezaban a venir los botos de Pocosol, de Santa Cruz y otros botes que salían temprano a pescar

FRANCISCO

EL hombre abrió la puerta y vio que todo estaba oscuro afuera No había luna ni luz en las otras casas, sólo algunos hachones pringados en la hierba

—Va a llover —dijo el hombre Este bochorno es de agua Dio la vuelta y se volvió a meter

—No es tarde todavía —pensó, y se vino a acostar Se pasó la mano por el pecho sudado y se restregó las canillas

—Tengo miedo —se dijo Sí, tengo miedo Yo nunca me he metido en nada, pero ahora ya está, qué vamos hacer

Después se quedó ahí en lo oscuro con los ojos abiertos Por la mente le pasaban figuras y figuras, como si se hubiera puesto a hojear una vieja revista.

y así se veía él, cuando estaba en la Aduana, en el tiempo que vivió en el puerto Entonces trabajaba como carguero y cuando había necesidad, hacía de motorista del pequeño remolcador que pasaba los bultos pesados a los otros muelles Aquellos días, ahora los recordaba bien —sobre todo el sol del verano y el calor— Mucho le había gustado siempre el calor y el solazo de los muelles, y los pringues de agua al levantar los mecates entre los renglones ennegrecidos del muelle viejo El sudor que le corría ahora por el pecho, le recordó los días cuando le tocaba trabajar en los lanchones, y volvía rendido y se echaba estirado junto a la bodeguita, en el piso de la orilla, recibiendo la brisa del lago al mediodía, con los ojos ardiéndoles del gran resplandor y esperando oír el golpe del riel y el grito de la gorda en el otro alero del pasadizo A comer! A comer! Y cuando se enderezaba Me parece que lo estoy haciendo ahorita —se dijo— le quedaba el cuerpo pintado con el sudor sobre las tablas, la espalda, el círculo del pelo, dos manchas grandes de los hombros y los brazos a la orilla del cuerpo y estoy con miedo —se repitió

—Pero no hay nada que temer A ver! —pensó— se levantó un poco alzando la cabeza, se enderezó y se sentó a la orilla de la tijera Voy a repasar lo que tengo que hacer Y empezó lo primero es espe-

rar la llamada son tres veces Voy a oír una piedra caer sobre el tejado tres veces Como mi casa es la primera al subir la loma, esto quiere decir, —se explicó— que ellos van a venir de abajo Cuando caiga la última piedra, espero, debo contar lentamente hasta ciento ochenta, esto quiere decir que son tres minutos —se volvió a explicar— es el tiempo que tienen calculado que gastarán en atravesar el solar Ojalá lo hagan por el lado de los palos de resedo

—Así le dije yo al doctor —recordó— Para que me metí yo en esto! —volvió a pensar— bueno —recapacitó— sigamos Entonces yo abro una sola hoja de puerta y espero a un lado Un hombre se va a aparecer

—Qué hora es? —me va a preguntar, y yo le voy a contestar — Son sólo 23 Y me va a volver a decir —Eso será como hoy que es 23 de Mayo Esa es la clave Yo debo tener listo el cuchillo porque en cualquier momento Ud debe usar el cuchillo y huir, me dijo el doctor, y se interrogó enseguida y podría matar yo? Y se contestó —Bueno lo que yo haría, francamente es volarle la puerta encima.

Sigamos —dijo— Yo los llevaré al lugar, lo importante está en pasar el peñón del resguardo lo mejor sería pasar por allí oscuro Yo sé que allí sólo está un guardia, un pobre guardia enfermo Yo ya estuve hablando con él ayer en la tarde Ya le expliqué todo eso al doctor Pero para evitar cualquier contratiempo es mejor pasar detrás de la caseta y doblar a la derecha hasta el cerco que queda junto al charco Los rifles los van a llevar en unos sacos, la máquina la lleva uno de los muchachos Cuando entremos a la montaña, ahí seré yo el que manda, yo calculo que serán tres días hasta la costa, a la Punta de Coral Con los anteojos del doctor divisaremos el barco Todo un día vamos a gastar en desembarcar las ramas y todavía un día más para esperar al otro grupo que recogerá las armas y las va a llevar hasta los chiqueros nosotros vamos a volver por el mismo camino o seguiremos. . . quién sabe

La noche era bien oscura. Todo va bien. Hasta

ahora he cumplido con lo que me han encargado pero tengo miedo tengo miedo —se repitió— miedo a todo y a nada “El corazón no traiciona” —Decía mi compadre Trinidad— y el pobre murió de un tiro —y se sonrió— qué cosas! —exclamó

Ahora estaba sentado en un rincón de la casa y miraba con atención a los seis muchachos echados en el suelo

—Quiénes serán? —se preguntó Quién será el padre de aquél?

De ese otro que está de pie? De aquel sentado junto a la pared? Todos parecen de buena familia, hablan como gente fina No hay que hacer —exclamó— estos muchachos son valientes —pensó un momento Serán valientes? Se quiere valor para meterse en ésto y yo para qué me metí? —y se preguntó— y yo soy valiente?

—Oiga amigo —dijo uno de los del grupo y se arrastró hasta la orilla donde estaba el hombre

—Ajá —le contestó el hombre

—Ud conoce bien este lugar, verdad?

—Sí, le contestó el hombre, y enseguida pensó Por qué me preguntará eso?

Después se le acercó otro de los muchachos

—Cuántos guardias hay en el resguardo del Peñón? —le preguntó—

—Uno —le respondió el hombre

—Ah, bueno —dijo el muchacho— a ese lo tenemos

—Ehs! —se dijo el hombre— Sería capaz éste de matar a un pobre guardia enfermo.

—Es un solo guardia el que está allí —le explicó el hombre— Un pobre guardia enfermo —le agregó

El muchacho no le oyó Se habían agrupados los muchachos y hablaban algo en voz baja

—Qué calor —dijo uno de los muchachos levantándose y volviéndose donde el hombre le preguntó No se podría abrir esa ventana?

—No será peligroso? —le preguntó otro

—Están nerviosos —pensó el hombre— tienen miedo, como yo — y se sonrió Está bien —contestó después el hombre— voy abrir esa ventana, y encaramándose en una de las reglas del tabique empujó la ventana para afuera El hombre volvió a sentarse a su rincón y siguió pensando

¿Quiénes serán? —se distrajo un momento y siguió pensando— Así pudiera estar un hijo mío Uno de estos muchachos pudiera ser un hijo mío El flaco alto que tiene una gorra en la mano, no me gusta, ese otro bajito, lo veo muy insignificante Un relámpago abrió una brecha de luz que entró por la ventana y alumbró por un instante los rostros de los muchachos

—El que está a la derecha —se dijo con seguridad— ese muchacho sí me gusta Así bajo, grueso, moreno, con el pelo corto y crespo —así sería mi hijo— se dijo con satisfacción Y observando al muchacho que había elegido en lo oscuro, siguió —Es el único que no ha hablado nada, ni me ha preguntado nada Ha de ser calmo, frío como yo y valiente —cabeceó dos veces y se sonrió— Buen muchacho —continuó— Así estaría un hijo mío, ni más ni menos

por qué no tengo un hijo Dios mío —exclamó— .y cómo se llamaría mi hijo? —se interrogó— Yo le hubiera puesto Francisco, como se llamaba mi tío, el viejo que me crió a mí Hubiera gozado mucho mi tío con Francisco de revolucionario Mi tío era conservador de los de antes “de pura leña con nudos”, decía él —y se sonrió— Así le voy a poner Francisco

Se levantó un poquito para acomodarse en su sitio

—Si me dan ganas de levantarme y abrazar a este muchacho Pasó un buen rato El más alto de los muchachos se levantó, sacó su reloj fosforescente y lo vio haciéndole una sombra con la mano

—Sólo faltan quince minutos —le advirtió a los compañeros Los muchachos se inquietaron

—Oiga! —dijo dirigiéndose al hombre— sólo faltan quince minutos!

—Sí —dijo el hombre y se levantó

—Ud será el último en salir —le explicó— Espere que yo le dé la señal

—Sí —dijo el hombre

Pasaron los minutos El muchacho alto veía a cada momento su reloj

—Ya es la hora! —dijo con seriedad, y levantando una mano, agregó— Como está convenido Y salió ladeándose por la puerta

Todos salieron El hombre oyó el ruido flojo de las pisadas entre la basura y luego un retirado golpe de agua al caer algo que se repitió varias veces

—Están entrando en el bote —se dijo— y esperó Al rato oyó un silbido Esa es la señal —se dijo Salió entonces rápido y cerró la puerta sin hacer ruido y después se vino andando con el cuerpo encorvado

En el bote estaban todos y otros dos más con sus capotes. A uno de ellos lo reconoció

—Buenas noches doctor —le dijo

El otro le dio una palmada en el hombro Entonces los dos nuevos se subieron también en el bote El hombre entró en el agua y movió para asegurarse el bote Después se voló de la orilla y se enderezó para arriba En el bote buscó a Francisco ¿Dónde irá el muchacho? —se preguntó— quisiera que fuera aquí junto a mí Yo no me hubiera despegado nunca de mi hijo —se dijo

No se muevan —recomendó el hombre en voz baja y clara No rocen los canaletes contra el bote, detengan el aliento y empujen con fuerza lentamente, pero con fuerza —recomendó

—Dónde irá Francisco? —volvió a pensar Otro relámpago se abrió y entonces se fijó que el muchacho iba adelante Así va bien —se dijo— Así me da la impresión como que si fuéramos una noche a tirar a los bancos Francisco va adelante con el rifle Yo llevo el bote y lo voy viendo El muchacho es listo, en todo se fija y va callado qué buen tirador sería mi hijo! Por qué no tengo yo un hijo, Dios mío? se lamentó

Todos iban callados Sonaba en lo oscuro el golpe del agua

—Es pesado este chunche —dijo uno

—Shii!!! —lo callaron de adelante

Unas grandes sombras caían sobre sus cabezas. El hombre iba doblado sobre el bote, remaba con fuerza, enderezaba el rumbo a tientas, levantaba un poco el cuerpo y resoplaba a veces.

—Cómo va la hora? —preguntó uno de los muchachos.

—Vamos puntuales —contestó otro.

Siguieron en el río. La lluvia sonaba adentro de la montaña. Los relámpagos venían de muy largo, se abían como latigazos en el cielo. Nadie hablaba, parecían unas sombras que flotaban.

Pasaron un rato. Caía ya una lluvia rala y fría.

—Allá es —anunció el hombre— en ese clarito de la izquierda.

—Ajá —dijeron.

—Vamos a arrimar entre unos guabos que están propiamente a la orilla —empezó a explicar el hombre— debajo de las ramas, porque allí es más oscuro. Entonces salimos en fin a tierra. Después vamos a seguir orillados siempre por la derecha, la cosa es la de arrear el resguardo del Peñón, sin que nos vean.

—Todos entendieron? —preguntó el muchacho alto.

—Sí —dijeron.

El bote fue entrando debajo del ramal.

—Agáchense —ordenó el hombre. Todos se inclinaron unos sobre otros. Al rato el bote estaba como clavado entre las raíces del árbol.

—Que comiencen a bajar —ordenó el hombre.

—Ya saben lo convenido! —dijo el muchacho alto.

Uno por uno de los muchachos fueron saliendo del bote, se oían las voces.

—Con cuidado!

—Cuidado!!

—Salí!!

—Ahora!

—A ver!

—El otro!

—Ya, pues!

Todas estas veces son raras —pensó el hombre— suenan como huecas, sin fuerza, parecen muertos estos muchachos.

El hombre se bajó por último, afianzó el bote en una de las gambas y salió casi guindado de una rama, se empujó y se meció como un mono hasta tocar la tierra floja y húmeda. Después siguió detrás, capeándose en lo oscuro de los troncos.

—Qué ganas tengo de gritar ¡Francisco! veinte aquí conmigo, hombre! No ves que yo conozco bien este lugar —tené cuidado muchacho, cuidado te vas a ensartar una espina en el talón —tengo miedo por este muchacho —pensó.

El grupo avanzó un buen trecho. Uno de los muchachos llevaba la ametralladora bajo el brazo. Otros dos se detuvieron y pusieron el saco con los rifles en el suelo, enseguida comenzaron a sacar y entregar a cada uno su arma.

Ya tendrá Francisco su rifle? —se preguntó el hombre—. No lo veo a Francisco —qué se hizo? Es capaz este muchacho de andarse por ahí desarma-

do. No sabemos qué pueda pasar aquí —quién sabe!

En este terraplén íbamos a detenernos y alguien saldría a reconocer —es necesario prudencia —si pasamos descubierto el limpio que queda para ir al charco es peligroso.

—Vamos! Vamos! —dijo alguien.

—Quién daría esa orden? —se preguntó el hombre. —Carajo! —exclamó— qué locura! si no es eso lo convenido! Quién daría esa orden? —se volvió a preguntar.

—Vamos ya, pues! —dijeron los demás y corrieron unos detrás de otros y avanzaron hasta el limpio junto al charco.

Agáchense! —ordenó uno, y todos se echaron boca abajo en el suelo y se quedaron inmóviles. Qué habrá pasado? —se preguntó el hombre y se quedó en su lugar. No se oía ni la respiración, el silencio podía tocarse con el codo.

—Qué es ese ruido —se preguntó el hombre, afinando su oído acostumbrado a eso. Pareciera como que alguien se hubiera quedado atrás y avanzara en la punta de los pies. No será Francisco? —se preguntó preocupado. Afiló de nuevo su oído. Sí —se dijo— alguien viene —qué raro y no se puede ver nada. Allí se movió algo, detrás de aquel matorral. De donde estoy no puedo gritar. Tal vez es algún animal, aquí hay muchos zorros. Cómo hago? —dijo— el que me queda más cerca creo que es el muchacho alto, pero no debo levantarme. Se ladeó un poquito y levantó la cabeza. Qué raro todo esto! —pensó— y se volvió con rapidez. En el mismo instante, como relámpagos, salieron de los matorrales grandes fogonazos y gritos, gritos de hombres, de bestias —y no vio más. Un grito oyó encima de él y se lanzó de cabeza contra unos palos, se ladeó y sintió como un mordisco en un hombro y un montón de tierra sobre la cara.

No se puso a pensar en nada y rodó, rodó hasta ardérsele la cara contra la hierba, se dio otro voltián hasta que sintió chocar contra el agua. Ahora sí —pensó— y se escondió entre unas cañas. Se tocó con dolor el hombro que le ardía y le sangraba, tenía el brazo pegado al cuerpo, se tocó la mano. Como trapo es mi mano —se dijo sollozando y se zambulló, un momento. Aguantó un rato y después sacó la otra mano para agarrarse a unas raíces. No aguanto el hombro —dijo— dejó flotar la canilla ladeándose un poco él, y se quedó inmóvil.

De donde estaba oía voces, trotes. Se acomodó mejor y esperó echado sobre el agua para coger aliento. Es la guardia —se dijo— Estábamos vendidos, nos estaban esperando. Se soltó de las raíces y dejó flojo el cuerpo para hundirse un rato, después flotó otro momento y levantando la cabeza oyó muy cerca un grito. Traigan un foco! Qué traigan un foco!

Después se volvió a agazapar y esperó. Allí estaba cuando sintió que alguien corría para arriba y luego que alguien se acercaba, se quedó allí, dio unos pasos y se volvió.

—Alguien está aquí —se dijo— parece que está

agachado, o que se está escondiendo, puedo oír su respiración desde aquí Tal vez es Francisco —pensó enseguida y sintió un escalofrío Francisco —se repitió— mi hijo que viene buscando la orilla mi hijo! —se repitió turbado de dolor y de miedo— tal vez viene buscando ayuda y viene herido el muchacho, y sintió latirle el corazón, golpearle con fuerza el pecho remojado

Entonces levantó algo la cabeza y le vio las botas Es él dijo con emoción que lo ahogaba y entonces se estiró lo más que pudo con angustia levantándose con el hombro ensangrentado, hasta que un relámpago alumbró afuera Francisco! —le gritó espantado— y ya no pudo sostenerse más, cedió la caña que lo

détenía y cayó de un solo sobre el charco boca arriba Sólo fue un fogonazo y el ruido del disparo

Un guardia corrió para allá y otro guardia se vino a la orilla y alumbró con el foco el charco

La luz amarilla cayó sobre el agua con sangre como una mancha que se extendió hasta la orilla con los remolinos de lodo del cuerpo que se hundía

El guardia retiró entonces el foco del charco y alumbró con curiosidad al traidor, le vio primero las botas gruesas, después la pistola guindada en la mano, la camisa remojada de sudor y por último la cara

—Apagá esa luz, —le ordenó volteándose

—Bueno —dijo el guardia, y apagó el foco

SATURNO

AQUI no es donde nos dijeron —me dijo mi compañero

—Esperate —le dije— mejor voy a preguntar

—Señorá —llamé a una mujer que pasaba en la acera No sabe Ud si vive por aquí doña Lola Gaitán?

—Allá —me señaló la mujer, estirando la mano— después del poste de luz

—Ah bueno Muchas gracias

Entonces nos subimos a la otra acera La calle estaba húmeda y se sentía el olor que viene del lago, un cierto olor a lodo y sardinas

—Ojalá que encontremos comida a estas horas —me dijo mi compañero

—Vamos a ver —le dije

Nos paramos y golpeamos en la puerta del zaguán

—Es en la otra puerta —nos dijo un muchacho Entonces nos fuimos a la otra puerta que estaba abierta y entramos Había una salita con piso de madera y varios asientos colocados a la orilla de la pared con los balancines para arriba porque estaban barriendo

—Buenas tardes —dijimos

—Pasen adelante —nos contestó un hombre que estaba componiendo, a la luz de la ventana, la pata de unos anteojos Atravesamos la salita y salimos a un corredor que quedaba en alto y desde donde se divisaba el lago y las tejas de zinc manchadas de sarro de una bodega

Abajo había un patio con piedras y un gran palo de júcaro bien verde

En el corredor encontramos varias mesas con manteles y en una de las mesas, dos hombres que estaban terminando de comer

—Sentémonos aquí —le dije a mi compañero Nos sentamos y mi compañero se sirvió un vaso de agua del pichel que estaba puesto

—Ah! —exclamó, escurriendo el vaso— Me venía secando de la sed Al rato salió una señora de adentro y se acercó.

—Buenas tardes —dijo

—Buenas tardes —le dijimos— Queríamos saber si nos pudiera servir algo que comer

—Vamos a ver —nos dijo sonriendo— Como es tan tarde si se esperan un momento Y se detuvo a mirar a mi compañero

—Ud es Silva, verdad? —le preguntó

—Sí —le contestó mi compañero

—Hijo de don Chico?

—Sí

— Y qué se ha hecho don Chico? Tiempo tengo de no verlo

—Está en Granada

—Pero está bien?

—Sí Ahí va más o menos

—Me lo saluda

—Como no

La señora dio la vuelta y volvió a entrar en la cocina

Uno de los hombres que estaban sentados en la otra mesa saludó, a mi compañero

—Donde quiera te conocen a vos —le dije

—Callate —me dijo— Ese es mi amigo don Chemita

—Don qué ?

—Don Chemita! Ya va a empezar a hablar

—me dijo, oílo— Yo volví a ver a mi compañero

—Bueno —le dije

—“Fue en mi viaje a Upala” —empezó a hablar don Chemita alzando un poco la voz, como para que lo oyéramos

—Ajá —le dijo el otro que estaba con él, y se sonrió con nosotros

—“Yo tenía unos reales regados —siguió don Chemita— y me fui a recogerlos Me voy a aprovechar del viaje —me dije— para traer unas cuatro fanegas de frijoles que me habían encargado, y también me alisté algunas otras cositas para vender allá Ud sabe, amigo que este su amigo siempre anda algo que vender Bueno pues, me fui en el remolcador de los Pachicas Salimos sábado, calculando yo estar de vuelta el miércoles para así coger el vapor Victoria para Granada, porque también quería llevar a Granada un cacao que pensé comprar en Upala

—Buen cacao el de Upala y más barato que el de Rivas. Bueno pues, llegamos sin ninguna dificultad a Upala. El remolcador de los Pachicas se vino el domingo, temprano. Yo no podía venirme el domingo porque hasta en la tarde terminaba de hacer mis cobros, sobre todo tenía que esperar el lunes para comprar el cacao y terminar de recoger lo que me hacía falta de los reales. El lunes y el martes cobré casi todo, y vea, con buena suerte, recogí como trescientos pesos y conseguí buen cacao y unos frijoles muy hermosos y a buen precio. Me alisté de todo y pensé venirme en bote a San Carlos. Ya era martes, como le dije, y entonces me fui a buscar a un hombre para que me trajera, pero es difícil con esto de que ahora todo mundo solo coge para la montaña con la cuestión de la raicilla, la pagan bien, pero a mí nunca me ha gustado trabajar con raicilla — es muy expuesto. Bueno pues, me cogió la tarde buscando al hombre, hasta que una señora me recomendó a un tal Saturno. Me dedico pues a buscar al tal Saturno y amigo, lo encuentro en una cantina bien picado. Ni pensar! —dije yo— cómo me voy a exponer a irme con un picado. Me volví donde la señora a contarle.

—Tal vez sabe de algún otro? —le digo.

—No don Chemita —me dice la mujer— si ese solo vive picado, así trabaja él. Es verdad que es picado, pero así como lo ve, es muy honrado.

—Ehs! —me dije yo— ni lo conozco y yo con estos reales en la bolsa. Con lo que le cuesta a uno hacer sus realitos —verdad? Pero también pensaba que si esperaba hasta la otra semana que viniera el remolcador. Qué iba hacer yo allí en Upala gastando en pensión y comida? Y con los frijoles, el cacao y los reales, y más que tenía esperanzas de coger el vapor Victoria el miércoles en la tarde —cómo hago —me dije; y entonces volví a buscar al tal Saturno.

—Yo le hago el viaje —me dijo— en la madrugada estamos en San Carlos —me aseguró.

—Pero no siga bebiendo —le digo.

—Ah, nó! Eso, no —dice Saturno, muy serio— Yo trabajo, pero picado. Sin trago yo estoy perdido —y se rió— Jua! Jua! —enseñando unos grandes dientes como clavijas.

—Ah, pues nó! —le respondí, y me volví a dar vueltas por las calles a ver si me conseguía alguno otro. No! Qué va! —me decían— Ese viaje solo Saturno se lo hace. Bueno —me dije— qué vamos hacer! Y me volví donde el hombre.

—Bueno, Saturno —le dije— alístese, pues.

—Así me gusta —me respondió.

—Y dónde tiene el bote?

—Allí abajito.

—Pues que no nos coja la noche —le dije.

Comenzamos a cargar. El hombre no parecía, en dos horas tenía cargado el bote. Yo lo esperé otro rato porque se fue a traer una palanca y el saco ahulado con sus cosas. Cuando volvió me fijé que traía un litro de guaro en la mano.

—Ah, nó! —le dije— Más guaro, no.

—Trato es trato —me dice— Ud quiere que me muera de la goma?

—Vámonos pues, de una vez —le digo —porque, qué iba hacer?

Ya era de noche, no había luna. Yo me senté adelante entre los sacos y Saturno atrás, canaleteando.

—En el nombre de Dios! —dije yo cuando ya doblamos y se perdían las luces del muellecito.

—Tal vez me pueda dormir un rato —pensé yo— y que en la madrugada ya estemos en San Carlos.

La noche estaba bien oscura. Voy a rezar el rosario —dije y comence por contar los misterios en los botones de la camisa y las Ave Marías con los dedos, pero me aburrí. Me puse a pensar un rato. Solo se oía el golpe del agua y los pujidos de Saturno empujando con el canaleta. Allá, de vez en cuando, jalaba el litro de guaro y se lo empinaba. Hasta donde estaba yo oía saborearse al hombre.

—No quiere un quemón, don Chemitá? —me dice.

—No, hombré —le contesté— yo no bebo.

—¡Ehs! —pensé yo— Este como que quiere picarme. Qué difícil se gana uno sus reales.

Y este hombre —pensé— ¡Qué pierde con nada! Conmigo, por ejemplo. Además, este hombre ha de saber que yo traigo dinero, y que traigo además unos buenos reales en frijoles y cacao. ¡

Cuándo que nó! Como no va saber esta gente lo que cuesta un saco de frijoles o de cacao? Si viven en esto.

A un picado —seguí pensando— se le puede meter cualquier cosa y después? Con decir. Yo no me acuerdo. O si no. Yo no sé, se ha de haber dormido don Chemita. ¡Carajo! ¡Qué vaina! Porque además es verdad que si me duermo y me voy al agua, me ahogo. Yo no sé nadar. Y bueno, dirán. A quien se le mete en la cabeza montarse en un bote, de noche, con un picado.

¡Dios mío! ¡Qué horrible pensamiento se me vino! si a este hombre se le mete darme un canaleta. Con la oreja del canaleta me hunde la cabeza y me mata de un solo. Como era de noche —puede decir— lo agarró una rama de guabo y lo golpeó.

Y aquí quién va a averiguar nada? Y si averiguan? Yo ya muerto? para qué?

Entonces pensé hablarle, para coger confianza. Va a notar que tengo miedo —pensé— Mejor espero que él me hable y así me estuve cavilando, hasta que al rato, me dice.

—Don Chemitá —y ya vendió todas las alhajas que trajo?

Carajo, —pensé yo— este está averiguando si traigo alhajas.

—Todas las vendí —le respondí, rápido.

—Yo necesito comprar una esclavita. Se la quería regalar a una jaña que tengo —dijo—, y ¡jua! ¡jua! —se rió.

Voy a cambiar de conversación, pensé.

Y vos sos de aquí, Saturnó —le pregunté.

—No.

—¡Ah, .!

—Yo soy del Arenal —dijo enseguida. Aquí he vivido, sí.

—Tenés aquí a tu mujer y tus hijos?

—Los hijos se murieron
—¡Ah !
—¡Quién sabe! —dijo— Se morían cuando iban naciendo
—Alguna enfermedad —le dije yo
—¡Jua! ¡Jua! —se rió
—¡Carajo! —dije yo— ¡Qué feo se ríe este hombre!

Seguimos callados, se veían unos relámpagos, como que iba a llover

—Don Chemitá —me dice al rato— Ya estoy picado Mejor nos arrimamos por ahí a ver si duermos un ratito, y luego seguimos Parece que ya va a empezar a llover

¡Ehs! —me dije yo— Ahora si se pone peor la cosa Este me puede matar aquí y me deja allí tirado en el monte

—Es mejor que sigamos —le dije

—No —dijo él— quiero echar un peloncito

Sentí el ruido del bote al entrar la proa en el lodo de la orilla Yo me quedé donde estaba y empecé a rezar Me acordé de mis pecados De suerte que yo no le he hecho mal a nadie Es verdad que he vivido del comercio, pero esto es un "te quito" y "me quitas", Ud conoce este negocio y además, no le pagan a uno todas las aflicciones

Bueno pues, al rato ya estaba roncando el hombre. bien dormido Y ahora era otra pena, empecé a tener miedo de verme solito y el terror de que si me agarraba de un gamalote, lo menos que podía encontrar era una culebra y si no me agarraba, la corriente nos arrastraba hasta ir a dar a un banco de arena y allí acabar mis días

—Don Chemitá —me dice al rato— Ud le tiene miedo a las culebras?

—Pues, ¡sí! —le dije

—Aquí hay muchas Ud conoce la Barba Amarilla? Pues mata a una danta. Y la Toboba? Pues pica, y después uno se hincha como un tronco Una Toboba mató a un tío mío Y Ud conoce al patotoboba?

—No —le respondí, molesto de su conversación

—Pues es igualito a un patito, mediano y cenizo, anda a las orillas y es igual al piquete de una culebra

— Y anda de noche? —le pregunté preocupado

—Pues, casualmente solo de noche —me dijo

Que va! —pensé yo— nunca he oído que un ave sea venenosa

Pero en fin, ya sé, este hombre me quiere meter en miedo

Pero yo no tengo miedo

Empezó a llover y yo tenía frío ¡Dios mío!

—dije— si salgo bien de aquí le voy a dar cien pesos al cura de San Carlos para que arregle la pared de atrás de la Iglesia y cincuenta pesos para los pobres y cincuenta pesos más para las monjitas del Hospicio de Granada Ya suman doscientos pesos, —pensé, haciendo la cuenta— Qué? —dije, apartando las ideas mesquinas, que a uno se le vienen ¡Promesa es promesa! El hombre estaba dormido

otra vez llovía más recio Yo, francamente me sentía ya medio muerto Veía luces en el monte, oía ruidos horribles adentro de la montaña A veces me parecía que volaban serpientes en el aire ¡Don Saturno! ¡Don Saturno! —lo llamé varias veces, pero el hombre estaba bien sorneado.

A mí me empezó a doler un brazo ¡Caramba ! Y es el brazo izquierdo ¡Al lado del corazón! ¡Me va venir un ataque! —pensé— Tan bruto, que nunca fui donde el doctor, por no pagar los cincuenta pesos pero es que uno tiene que trabajar, y no queda tiempo Ahora prometo que voy a ir

Estaba temblando, me dolía la nuca y la parte de atrás de la cabeza y también tenía una pierna entumida ¡Este es parálisis! —pensé— Aquí acabé mis días Y si pierdo la voz?

—¡Saturno! ¡Saturno! —grite

Pues todavía puedo hablar —me dije. Pero si perdiera la voz, o si me agarrara un animal? Qué cuenta se va a dar este picado? Y los reales que tengo en la bolsa? Se van a perder Mejor los voy a sacar de la bolsa, pero si los dejo aquí en el bote Quién va a saber? Allí se van a estar hasta que los tiren cuando achiquen el bote

Estaba muy nervioso Sentí calambres en todo el cuerpo no sé, me pesaba la cabeza y la rabadilla y me dormí

Me dormí acabado hasta venir a despertarme de un brinco

¡Algo me despertó! ¡Qué susto!

Cogido de la mura del bote y casi echado sobre mí estaba la cara de Saturno ¡Ay! ¡Ay! —grité

—¡Jua! ¡Jua! —se rió Saturno con sus grandes dientes de clavija. ¡Echéel! —me señaló con la mano

—¡San Carlos! ¡San Carlos! —grité divisando al puerto

¡Qué dicha! ¡Estábamos frente a San Carlos! Habíamos dormido allí nomasito del puerto

—Es que anoche no quise meterme al lago —me dijo ¡No ve que había mucho viento!

—¡Caramba, Saturno! —le dije ¡Qué bien pensado!

Este es un hombre bueno —pensé enseguida El es un picado, verdad, pero como me dijo la señora de Upala buen hombre y sobre todo honrado

Así fue que atravesamos en solo la mañanita el lago y a las ocho estábamos en el muelle de las gordas Allí nomás arreglé el descarga y ordené que me pasaran los sacos a la bodega del Ferrocarril para manifestarlos en el Vapor Victoria y loco de contento me traje a Saturno a comer

Saturno me quedó viendo

—Ah, sí! —dije riéndome Sírvamele un buen trago y después su desayuno.

Después que comimos le pagué Doce pesos me cobró por el viaje, yo le regalé diez pesos más y todavía me lo llevé a mi pieza y le di un par de botas que tenía todavía buenas, una camisa kaquis y un sombrero Le recomendé que no volviera a beber, Saturno me quedó, viendo y después se rió Lo fui a dejar hasta el muelle y se fue contento

Aquel día yo me apuré para hacer todas mis evoluciones

Vendí bien parte del cacao y los frijoles. A las tres, me alisté y me fui para el barco que estaba fondeado bastante afuera. Me fui en la gasolina de Chepe Rayo. Antes, el vapor Victoria se quedaba bien afuera, por las Balsillas. Se acuerda? Dos horas era lo menos que uno tenía que navegar para coger el Vapor.

Yo iba alegre y no quería acordarme de todo lo de la noche anterior. Cuando ya íbamos bastante afuera, dice Chepe Rayo: Allá diviso un bote que va solo. Me levanto yo y ¡Claro que lo reconocí! ¡El bote de Saturno! ¡pobre Saturno! Se picó se picó con los reales que le dí ¡él era tan bueno, pero tan picado! Le ha de haber soplado viento, y el hombre bien picado cayó al agua ¡Vamos! —grité— ¡Vamos al bote! Y viramos a un

lado. El remolcador volaba ¡Más rápido! —les decía yo. El remolcador dio la vuelta. El bote estaba sólo. Apagamos el motor y nos acercamos canaleteando ¡Pobre Saturno! ¡pobre!

Cuando ya nos acercamos hasta llegar ¡Qué susto el mío!

—¡Carajo! —grité yo

En el plan del bote estaba echado Saturno, bien picado y cuando me vio ¡Jua! ¡Jua! —se rió enseñando los grandes dientes como clavijas

El hombre que estaba con don Chemita nos volvió a ver riéndose

Yo también volví a ver a mi compañero que se había quedado ido oyendo a don Chemita

—Te gustó? —le pregunté

—¡Claro! —hombre!

—Esto está bueno para un cuento tuyo

—Sí —me dijo

Y lo escribió

LA CULEBRA

—¡Mamá! ¡Ah! Ahaá!

—¡Qué! ¿Ah? ¡Ai voy!

¡José José! —lo llamó sacudiéndole el brazo

¿Estás soñando, hijó? ¡dabas gritos!

—¡Ah! No sé ¿Estaba gritando?

—Ha de ser que comistes y ai nomás te acostastes. Date vuelta al otro lado

El hombre se acomodó en su tabla. Se empujó con los talones y se estiró

La vieja volvió a su rincón, levantó el mosquitero y se metió

Afuera no se oía nada. El viento hacía remolinos en el patio. La luna se divisaba pálida al otro lado de unos árboles secos. Pasó un rato. La vieja alzó la cabeza para ver al hombre, vio que se movió y entonces se quedó tranquila

Allá de repente se oía algún pocoyo que bajaba cerca y chillaba en el patio.

La vieja se cobijó los pies y se sentó en la tijera

—¡José! ¡José! —llamó otra vez al hombre— ¿Que te hicistes hijó?

—Aquí estoy —le contestó de afuera

—Que te sentís mal?

—No. Es que salí a orinar

—¡Ah, bueno...!

El hombre estaba parado a la orilla del cerco

La vieja lo vio de espaldas. "Algo tiene éste" —pensó

El hombre volvió a entrar al rato. Se sentó en la tabla y se restregó los pies sacudiéndose el polvo, enseguida se echó boca arriba con los brazos debajo de la cabeza

Soplaba viento afuera. La vieja levantó el mosquitero y sacó la cabeza

—¡José! —le habló

—¿Qué? —respondió sin ganas el hombre

—¿Qué tenés? Ah?

—Que voy a tener!

—¿No sentís algo? Tal vez es calentura

—No. No es nada —le dijo

La vieja se levantó y se vino para afuera. Cogió un trapo que tenía guindado del clavo de la puerta, se lo puso encima y salió para la cocina. Escurcó en el cocinero y sopló varias veces. Algunas brasas se reavivaron. La mujer atizó el fuego con unas astillas, buscó un jarro y cogió agua de un tinajón que estaba al lado. Después volvió a soplar y entonces apareció una llama rojiza que hizo resplandor

El hombre también se había levantado y andaba sin camisa, dio una vuelta y después se acercó

La vieja se apartó y cogió un tarro que tenía en el banco y lo ladeó para ver adentro

—¡Si ni hay café! —le dijo

—¡Ai déjelo —dijo el hombre. Se hizo a un lado y se sentó sobre un montón de leña.

—¿No querés que te haga un tibio, pues?

—Bueno —le contestó

La vieja atizó el fuego con otras astillas y después se enderezó parándose enfrente del hombre

—Te he visto medio tristón, hijó

—No —cabeceó el hombre

—¿Te venís a quedar ahora?

—No, mamá. Me voy ir

—¡Otra vez pues!

La vieja se quedó pensando un momento

—¿Que andás huyendo? ¡Decime! Ah!

—¿Qué le voy a decir, mamá?

La vieja se dio vuelta y se agachó para ver el jarro

—¿Te persiguen?

—Sí —le contestó

—¡Ay! —se quejó la vieja, enderezándose

—¿Ve? Por eso no le digo nada

La vieja se volvió de frente

—Ya ve, pues. ahora empieza a llorar

—No —le dijo la vieja secándose los ojos con el trapo

Por la cabeza de la mujer pasó todo, como cuando pasa una ráfaga de viento y todo lo alborota. Se cae un traste al suelo y se derrama y al levantarlo todo se ha ensuciado.

La vieja tartamudeó —¿Qué qué te ha pasado? ¡Decime!

¿Que no soy tu madre, pues ?

—¡Ah si estoy fregado ! —se lamentó el hombre

La mujer se sentó a un lado con la cabeza inclinada como si se fuera a dormir o a morir

El hombre se levantó, se arrimó al pilar de la casa y levantando el brazo se agarró del poste

—Tal vez ya me andan buscando —dijo y miró a lo largo del patio. Por allá se veía la luz de una casita de la orilla y un perro aulló por el arroyo.

—¿Alguien me vio venir? —le preguntó —Yo le mandé a decir que no le dijera a nadie que iba a venir ¿Que no le dio la razón el muchacho?

La mujer no le contestó

El hombre le puso la mano encima de la cabeza. La vieja sintió el calor y el peso de la mano, entonces levantó ella su mano y la pasó por encima de la mano del hijo

—Si no es culpa mía —dijo el hombre— ¡Quien sabe ! —y pensó Si yo ya me iba a componer. Yo dije me voy ir onde mi mama y voy a trabajar otra vez ¿Me está oyendo, mamá ?

—Si —cabeceó la mujer

—Pero allí nomás me viene entonces la vaina —le explicó— Es como una culebra ¡Sí, mama ! ¡Como una culebra que me pasa por encima de los ojos. Como una tira que me tapa una telaraña en la vista y entonces se me viene un salival a la boca y no se después

Figúrese que yo me había ido a Tisma —siguió hablando el hombre— a buscar trabajo onde un don Luis Mejía. Un amigo mío me dijo que pagaban bien. Allí empecé a ayudar en la composición de un molino. Como a los días, un tal Manuel que era el soldador me llamó afuera, ¡ yo ni sabía para qué ! —Ve —me dijo— ¿Te querés meter con nosotros en un volado?— y en eso, yo vi en la cara del hombre la risita y la carita de la culebra

La vieja levantó la cabeza —¡Eso es el mal! —dijo

—Bueno pues —siguió el hombre— entonces Manuel me dijo Si no hay nada que hacer y me explicó que el día de pago nos volviéramos y nos lleváramos los reales que don Luis guarda adentro, que como los sábados él se picaba, ni cuenta se iba a dar y nosotros nos largábamos. Como yo era nuevo, ni conocía bien la casa, entonces me respondieron que yo solo iba a vigilar afuera. Yo les iba a decir que no, pero otra vuelta la culebra ! Vi la culebra —mama ! . y luché a ver si les decía que no pero no quería que fueran a creer nada. La vieja suspiró, suspiró duro como si quisiera coger el aire que se le iba de ella misma y al coger aire, sentía que le hacía daño adentro como si tuviera el asma

— y entonces —siguió el hombre hablando— nos fuimos ese sábado, yo estaba —y se interrumpió

—¡Acuérese que Ud es mi mama! —y siguió— Hicimos así como le dije Entramos de noche al cuarto que daba al otro lado de unos palos. El hombre, don Luis estaba levantado, lustrando unas botas estaba, sentado en un taburete allí a la orilla de la lámpara

—¡Qués ! Ay ! —gritó don Luis cuando nos vio entrar a nosotros y asustado voló a un lado el zapato que tenía

Yo no ví más mama ¡Si yo me iba a quedar afuera pero la escopeta me la pasó Manuel a mí y yo le disparé al hombre en la cara cuando él se me volvió. Después —siguió contando el hombre con la voz que se le había puesto como hueca— yo solo veía ruedas y ruedas, como culebras que me andaban encima como culebras! —repitió medio llorando, y se dio vuelta agarrado al poste y con la otra mano se sacudió las narices, sonando como hace un animal cuando resopla

La noche estaba ya acabando y se veía apenas lo claro. Las casas más cercanas estaban repartidas en todo el lugar. El arroyo seco lleno de basuras separaba la casa que quedaba como encaramada en unos matorrales. El patio era pequeño y seguía un caminito hasta el arroyo y salía después a un camino más ancho hasta dar con la calle. Solo allí había un poste de luz. Lo demás estaba oscuro

El fuego del cocinero ya se estaba apagando y el agua del jarro se consumió

Parecía que nada había pasado. La vieja sentada y el hombre parado a un lado

Entonces se oyó un ruido que venía del otro lado y por el poste de luz se vio aparecer un jeep con los focos encendidos

—¡Esh ! —gritó el hombre— ¡Son los guardias ! —y salió corriendo para los matorrales

La vieja alzó la cabeza para ver. Los faros del jeep alumbraban alto y vio venir unos guardias corriendo que bajaron el arroyo y otros hombres que salieron de la loma

Uno de los guardias que traía el rifle en la mano se le acercó

—¿Onde está? —le preguntó

La vieja lo quedó viendo nada más. El guardia la apartó volándola a un lado y se metió al cuarto. Con la punta del rifle levantó el mosquitero

—Allí no está —le dijo al otro guardia que lo esperaba afuera

—Ha de haber cogido para atrás —le dijo el otro guardia. Entonces salieron los dos corriendo para el lado de los matorrales

—Aquí está la camisa —dijo uno de los hombres que se había quedado ahí, levantando la camisa del suelo y volviendo a ver a la vieja

—Por onde cogió? —le preguntó el hombre

La vieja encogió los hombros y dejó caer los brazos sin fuerza buscando como mareada donde armarse cuando se oyó el tiro detrás de la casa y entonces los otros hombres se fueron corriendo para allá

RINCON DE ANIMAS

A la orilla de San Miguel pero más a un lado, por el camino que va a los cerros cogiendo lo pelado del llano, se llega a San Bernardo. Solitario se ve todo aquello. Las bestias van siguiendo el camino al paso y resoplando de vez en cuando entre el monte que se pone amarillo y reseco y las únicas casas que se encuentran están al final, después de unas lomas. Allí hay un viejo galerón de tablas carcomidas y techo de tejas negras, tres o cuatro ranchos altos y el patio donde encierran las mulas en un corral de piedras amontonadas con varios cardones espinudos que han nacido entre las piedras.

La gente no se ve afuera. Un perro echado encima del tambo con el hocico entre las patas y por allá un barril viejo tirado en el suelo.

Paso a paso se fue acercando un viejo que venía en un caballo bajando en el camino por un lado y que, después de arrendar y dar vuelta por los corrales, se paró frente al galerón. Se bajó con dificultad y cogiendo el mecate, lo colgó en uno de las palas caídas de la varanda.

—Buenas —dijo el viejo, entrando.

De adentro salió un hombre.

—Buenas —le contestó.

—Me regala un poco de agua?

El hombre dio la vuelta y cogió a un lado.

El viejo se quedó parado donde estaba alzó la vista al techo y después se sacudió el polvo del pantalón.

—Tome —le dijo el hombre dándole una jícara.

El viejo cogió la jícara y bebió.

Después chorreó en el suelo el poquito de agua que sobró.

—Gracias —dijo.

—Va para adentro? —le preguntó el hombre.

—Esté —dijo el viejo pensando— Este es el camino para Pedernal?

—No, amigo —Lo dejó atrás. Por aquí se va al Arroyo y de allí cogiendo a la izquierda se pasa al bajo de Puerto Díaz, subiendo a este lado —y señaló el hombre un palo de espinas de en frente, dando unos pasos para afuera.

—Ajá —dijo el viejo, caminando detrás. Se pasó la mano por la barba y después se acomodó el sombrero.

—Y cómo se llama este lugar? —le preguntó al hombre.

El hombre lo volvió a ver con curiosidad y después le contestó.

—Aquí se llama Rincón de Animas —le dijo.

Afuera estaba todo árido. Unos troncos secos y manchas de montes, espinales y cachitos agobiados de polvo.

Entonces el viejo se montó, reuló y arrendó por el camino, entre el polvo que levantaba la bestia con los cascos.

El hombre levantó la mano para despedirlo y la bajó enseguida cuando vio que el viejo pasó recto sin volver a ver.

El sol estaba bien alto.

—¡Nacho! ¡Nacho! —lo llamó la mujer de adentro.

—Eih!! —le contestó el hombre distraído en lo que estaba pensando. Enseguida se vino para adentro y salió al patio.

La mujer estaba lavando una batea de maíz nesquizado. Chorreó el agua y levantó con un guacal los granos de maíz, escurriendo la espuma de la ceniza y volvió a echarle más agua.

—Quién era ese? —le preguntó la mujer.

—¡Al saber! —dijo el hombre. Recogió unos palos, los puso juntos, a la orilla del cerco y se quedó allí pensando.

De mañanita había bajado al río. Había dejado el café ya hecho, en una porrita. Los frijoles en la casuela tapados con la tortilla y tenía llena la tinaja. Les había dado de comer a las gallinas, barrió el patio y recogió la basura.

El río le quedaba al bajar de la casa, pero enfrente de ahí era muy lodoso, por eso tenía que seguir hasta la punta de la vega donde tenía el lavadero, que eran dos piedras grandes y encima una pequeña acuñada.

Empezó a sacar unas piezas que llevó y después estuvo tendiendo encima de las ramas y en el zacate. Después, se vino a traer el jabón que había dejado encima y se sentó en las piedras a soltarse el pelo. En eso oyó el ruido de un bote que venía orillado y esperó.

¡Adiós pues! —la saludó el del bote.

—¡Adios Manuel!

El hombre detuvo un poquito el bote con el canaleta.

—Como que tempraneó?

—¡Ah, sí! —le dijo, riéndose— Andas pescando?

—Sí —le dijo y le enseñó una sarta.

—Son guapotes —dijo ella.

—Pero son muy rogados, desde las cinco que ando pescando.

—Ajá —dijo ella.

—No han bajado al pueblo? —le preguntó él.

—No, pero tal vez en la tarde arrimamos.

—Ah, bueno.

Ella se rió y se levantó, brincando de las piedras a la orilla.

—¡Ai los vemos, pues! —le dijo el hombre y se empujó con el canaleta.

Cuando llegó a la casa vio unas cabezas de bano a la orilla.

—¡I diay ! Está arrimando ahorita?
 —Sí, hijá —le dijo el viejo, alzando la vista
 —Ya comió?
 —Estaba empezando
 —Le caliento el café?
 —Bueno
 Ella puso la porrita y sopló el fuego
 El viejo se quitó los zapatones y estiró las canillas
 —Me han estado fregando los monos —le contó
 Ella lo volvió a ver
 —En la parte de adentro me han desgajado toda
 la milpa, allí encontré el carril onde bajan
 —Tal vez entran de noche
 —Así creo yo El mono es un animal muy
 vivo —siguió él
 —Parecen cristianos —dijo ella y se rió
 —Sí —dijo él— pero si siguen así, nos dejan
 sin nada
 Ella le pasó el café en un guacalito El viejo le
 dio un sorbo, soplando antes
 —Vamos ir ahora al pueblo?
 —Yo quería ver si compro unas baterías
 — y no vamos a comprar el tubo de la lam-
 parita?
 —Sí, pero tal vez esa la encargo mejor a San
 Carlos
 —No hay casi manteca —le dijo ella— Lo
 que había lo escurrí para los frijoles
 —Bueno , pensando eso es que me traje esas
 bananas, y tal vez se puede vender ese hule
 —Cuanto le dijeron que le iban a dar?
 —No se, hijá Yo por menos de unos ochenta
 pesos no doy esas mandingas Si son buen hule
 —aseguró— nada de verdugones, solo tiras lisas, son
 Ella se sentó a la orilla. El viejo bostezó, des-
 pués se levantó y salió afuera
 Ella recogió los trastos y los llevó al banco a la-
 varlos, después salió con una lata a traer agua:

—¡Como va el tiempo! —dijo el viejo echado en
 el camarote
 El otro preso que dormía a la orilla lo volvió a ver
 El viejo se levantó y se desperezó Después se
 arrimó a la reja de la ventana y estuvo viendo el patio
 Al rato se oyó el clarín del cuartel
 —¡Siempre la misma chochada! —dijo el otro
 hombre
 —Están formando todos abajo —le avisó el viejo
 —Esta es la hora que le digo —dijo el hombre
 El viejo se vino para acá y se sentó en el cama-
 rote del otro, arrecostado a la pared
 —Cuanto tiempo tiene Ud de estar guardado?
 —le preguntó el otro preso
 —Ya lleva tiempo —le contestó con sequedad
 —Ud, es de aquí?
 —Sí, de aquí
 —Lo agarraron desde el principio?
 —Sí
 —Como amí —dijo el otro preso
 —Cómo te llamás —le preguntó el viejo
 —Nacho —dijo el hombre

—Ah .!
 —Por qué me pregunta?
 —Por nada como vamos a estar juntos
 Entonces el otro se rió
 —Quién sabe —dijo con malicia
 El viejo lo quedó viendo
 —Cuanto tiempo creé que me echaron? —le
 preguntó
 —No se
 —Ni yo —dijo el hombre con desgano— Pero
 aquí se pudre uno de todas maneras —y golpeó con
 el puño el tablón del camarote —Y todo por una
 chochada —se lamentó—
 Quién va a pasar su vida aquí? y solo por unos
 chanchos, no son chanchos de los animales —le ex-
 plicó— sino que son los amigos míos Me dieron a
 vender unas cadenas de oro ! y no va a creer que
 eran robadas! —dijo alzando la voz— para qué
 le voy a contar lo demás A qué estoy ¡Ah, pe-
 ro esto no se quedó así nomás! El que me metió en
 ésto quedó con la cara cortada, aquí —dijo señalán-
 dose con el dedo
 El viejo lo quedó viendo
 Del patio se oían las voces y las risas de los guar-
 dias y a lo lejos el ruido del puerto los pitos de las
 lanchas y la bulla de los muelles
 El viejo volvió a levantarse y se paseó por el
 cuarto El otro preso se fijó en él de pies a cabeza
 —Me duele esta mano —le dijo, llamándole la
 atención
 —Tal vez te golpeaste —le dijo el viejo.
 —No Yo creo que dormí mal —le dijo y se rió
 En la puerta se oyó el ruido de la llave en el can-
 dado y la tranca del travesaño que levantaron abriendo
 y entró un guardia en camisola, que les traía la co-
 mida
 —Qué horas son? —le preguntó el hombre
 —Para qué querés saber? —le dijo el guardia
 con burla—
 Que querés irte ya para la oficina? ¡Je! ¡Je!
 —se rió el guardia
 —Vaya pues —dijo el hombre, molesto
 El guardia dio la vuelta y cerró la puerta
 —Que indio más bruto es éste —dijo el hombre
 El viejo se sentó en su camarote y dio un trago
 de café
 El otro preso cogió con los dedos la tortilla y la
 hizo un rollito
 —Yo le digo que está chiche el viaje
 —¡Quién sabe! —dijo el viejo
 —No ve que a la hora que van a la cuestión de
 la bandera, todos se van para afuera ?
 —¡Ah ! pero
 —Si eso es cuestión de hacerlo
 —Veremos, pues —dijo el viejo
 El hombre se llenó la boca cogiendo más comida
 y luego se chupó el dedo que se había llenado al res-
 tregar el plato
 El viejo le pasó el pocillo de café y el hombre tra-
 gó varias veces y enseguida le devolvió el pocillo
 —Ahora nos van a llevar al puente —le informé
 el viejo

—Nunca acabaron eso —dijo el hombre

—A mí me mandan a las tucas

—Yo mejor prefiero estar clavando que dándole a la sierra, allá que te va para arriba, allá que te va para abajo eso me marea

El viejo recogió los trastos y los dejó juntos. Se acomodó en el camarote y se estiró

Al día siguiente hasta en la tardecita volvieron los presos. Dos guardias venían atrás, pasaron la loma y después cogieron al lado de la casa de la Aduana para entrar al patio del cuartel. El que estaba en la puerta revisó la lista y luego llamó a uno para decirle algo. A los demás los mandó a sus cuartos. Estaba comenzando a llover. Los hombres entraron y se echaron en los camarotes. El viejo se acomodó dándose vueltas y se quedó medio aletargado.

Llovía más fuerte. Un guardia entró en la pieza y les dejó en el suelo un guacal grande con agua. Mas tarde encendieron las bujías y la noche fue cayendo con la lluvia que se cernía por la ventana. Enfrente estaba un preso gritando.

—Ese ha de ser algún picado —dijo el hombre

—Sí —dijo el viejo, dándose vuelta.

—Lo encerraron justo a tiempo —agregó el hombre

El viejo se enderezó en el camarote y se rascó el pie con la esquina de la tabla.

—Ajá, amigo —le dijo el hombre acercándosele —me dijo que me lo iba a decir ahora, ¿Ah?

—No, hom —dijo el viejo, turbado— Mucho me friega después acordarme de eso.

El otro se sentó a un lado y esperó.

El viejo se sentó en el camarote con los pies guindados.

—La desgracia, amigo —empezó el viejo a hablar —¿Conocés vos El Cañal?

—El Cañal? No

—Allí en el río, por Pocosol?

—¡Ah!, sí

—Pues yo tenía mi propiedad allí. Vivía con mi hija, trabajando. Solo, después de la muerte de la mujer. Yo la crié y vivíamos allí.

La cosa es que me tuve que ir de allí más para adentro para sacar una madera.

—Ajá —dijo el hombre oyendo interesado.

—Allá la dejé a ella onde unos familiares de mi mujer.

Yo me fuí a la montaña para los meses de verano y tuve que volver por una herida aquí en el pie que me tenía fregado, pero me vine a San Carlos onde el doctor y de aquí me mandaron a Granada porque tenía más malo el pie. Después, allí en el Hospital, cuando estuve bien volví allá, a recoger a la hija y desde el día que llevo me hallo con que se había ido con un tal Manuel, de allí de El Castillo.

Yo no me conformé al principio, pero después, sí. Aunque estaba siempre muy triste, fregado de todo y me sentía solo sin la hija y no me acordaba más que de eso. Entonces empecé a beber, un día traba-

jaba y después cogía a beber, hasta que un día me cayó la desgracia, como dicen. Los encontramos en un lugar donde yo estaba allí, y llegó él y se rió de mí, sus amigos, los otros que andaban con él se rieron y me empujaron sin más ni más que me hicieron que yo me le fuera encima como loco y lo volé sobre una leña que había afuera, cuando alguien me quiso agarrar por detrás y yo me zafé con furia y saqué la pistola y le dejé ir dos tiros onde estaba caído en la leña —y tragó saliva, siguiendo— me quedé afuera picado como andaba y seguí tirando a todos lados y estaba como envenenado, echando sudor y gritando —se calló un momento— después, lo demás ya lo sabés. Me agarraron o yo me entregué, quién sabe! —y se apretó la cabeza con las dos manos.

El otro hombre le tocó en el hombro sin decirle nada y se levantó y se estuvo paseando por el cuarto.

—Ai después —siguió el viejo hablando con la voz apagada— al tiempo supe de la hija que ai andaba. No me dijeron más que eso.

El viejo se dio vuelta y se acostó bocarriba, al rato se compuso el pecho y se enderezó para escupir a un lado.

El otro preso siguió callado.

Ya era noche, sonó un clarín y unos pasos se oyeron varias veces pasar por la orilla de la puerta, algunos guardias que iban y otros que venían de adentro. Después apagaron las luces.

Pasaron los días y siempre iban juntos el viejo, el otro y los demás presos a hacer el trabajo al puente.

Al viejo lo mandaban a las tucas y volvía de allá en la tarde y se venían hasta que se juntaban todos para la vuelta.

—Ahora va ser

—No, hom —le dijo el viejo, poniéndose nervioso

—Ya lo pensé bien

—Bueno, como vos digás

—Ud me dijo que ai me iba a buscar después

—Sí —le aseguró el viejo

—No se olvide. Yo me llamo Nacho Ramírez

—Sí

—Se acuerda de las señas? Ah?

—Ajá

—De San Miguel se coge al lado y después de llegar a San Bernardo, de allí

—Ah, sí —lo interrumpió el viejo

—Lo espero. Oyó?

—Sí —le dijo el viejo

La lluvia era más fuerte. Los guardias llevaban sus capotes y caminaban detrás del grupo de presos. Bajaron una quebrada y uno de ellos se agachó a recoger una gorra. A la orilla del aserradero se juntaron los demás y los repartieron, a unos que iban para adentro y los otros que iban al puente, entonces se dieron cuenta.

—Era el que estaba con ese viejo —dijo uno de los guardias.

—¡Eih, vos! —lo llamó el otro
—Qués —dijo el viejo, sudando
—Onde cogió el otro que andaba con vos, ah?
—¡Yo que se —dijo el viejo, alzando los
brazos
Los dos guardias se quedaron viendo

En San Carlos habían puesto agua corriente después de tanta lucha. Un pozo hicieron los de la Sanidad había una llave en la parte de abajo por donde estuvo el radio y el agua salía con un chorro fuerte.

Ya volvía de nuevo el Vapor Victoria a quedarse bien largo de los muelles por lo seco que se pone eso en verano. El calor es fuerte y el bochorno se siente todo el día.

—Siempre se les van los presos —dijo el Teniente

—Es que no hay seguridad en este cuartel viejo —dijo uno

—Solo que uno se ponga a cuidarlos como Señoritas —dijo otro

—Ajá —dijo el Teniente paseándose alrededor de la mesa. Se sacó un cigarro de la bolsa y lo encendió. Caminó después para la puerta y allí afuera se puso a ver el lago y las islas de Solentiname.

—En cuanto llegue —pensó el viejo, acurrucado en la chopa de la lancha —lo primero es una bestia. Hay que ver cómo la consigo.

Hacía mucho calor adentro y le costaba respirar bien. Buscó cómo salir y se fué para arriba buscando la tolda y se quedó en la carpa, sintiéndose mejor con el viento que soplabá, y allí se quedó tranquilo y se durmió.

La lancha llegó oscurito al muelle y él salió tranquilo, pasó por el bodegón viejo y se fué después por la orilla, hasta unos jícaros que están atrás.

El verano había secado el lodo de la orilla y se veían unas grandes grietas en todo el lado del paredón. Arriba se veían unas lomas secas.

—Aquí a la izquierda —le señaló uno que encontró— Cogé primero como que va a Pedernal y se va recto siguiendo el llano hasta San Bernardo.

El viejo espueleó el caballo y cogió el camino entre el polvasal y así anduvo hasta después del medio día, que pasó por el galerón.

El hombre estaba pensando, queriendo recordar, hasta que en eso cayó en la cuenta y se vino para afuera, volando la puerta. El perro salió latiendo, asustado. El hombre buscó afuera por todos lados hasta que divisó al viejo que iba en el caballo.

—¡Eih! —¡Eih! —le gritó y salió corriendo detrás.

El viejo lo oyó y entonces paró la bestia y se detuvo a ver qué era.

El hombre se le acercó cansado de la carrera y se le arrimó cogiéndolo con la mano el bozal del caballo.

—¡I diay! —le gritó

El viejo lo quedó viendo.

—Yo soy Nacho Ramírez —gritó el hombre alzando los brazos —¿Se acuerda?

El viejo se apeó enseguida cayendo sobre el polvo y se abrazaron los dos.

—¡Aquí es! —le dijo el hombre señalándole el galerón que había quedado atrás.

El viejo levantó la cabeza sin poder hablar.

El hombre cogió el mecate del caballo y empezaron a caminar.

—Ahora volvemos a estar los dos juntos —le dijo

El viejo movió la cabeza.

—Como antes, ¿verdad? —le dijo el hombre.

—Sí —dijo el viejo—

FIN